

BOLSILIBROS

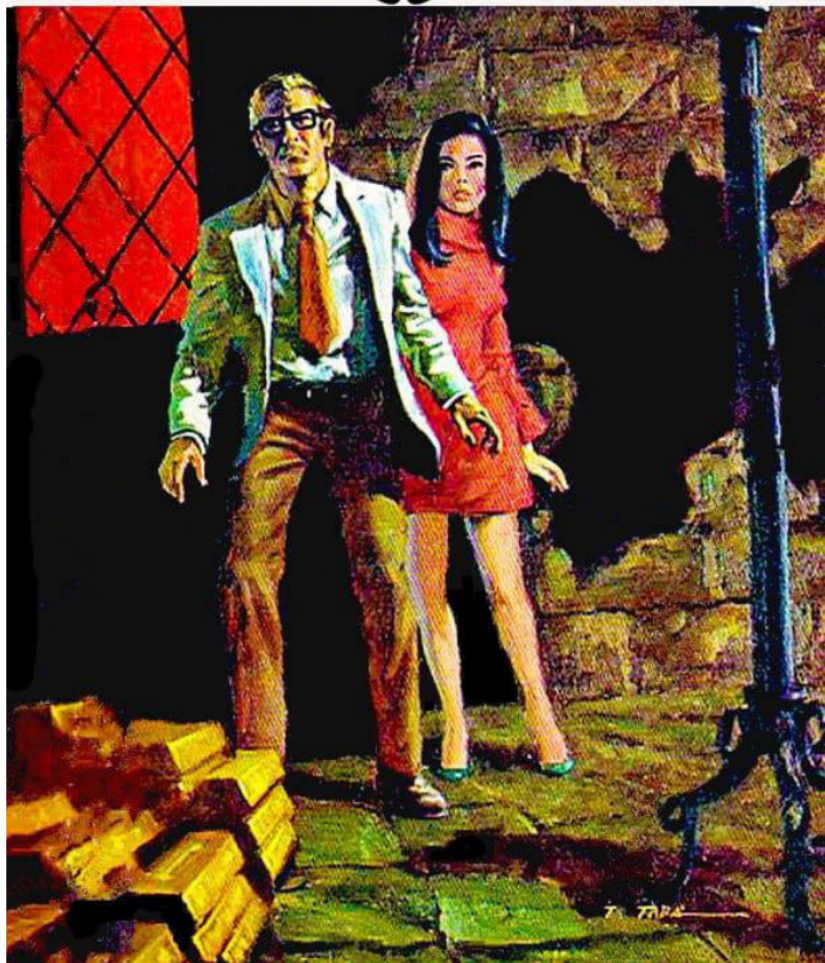


SERVICIO SECRETO

el vampiro que guardaba el oro

de

clark carrados



La muchacha estaba aterrada, aunque procuraba contener sus nervios. Dominarse, mantener la serenidad, era imperativo en aquellos críticos momentos.

Llovía con fuerza. En las alturas, el viento silbaba lúgubrementemente. De cuando en cuando, un relámpago disipaba las tinieblas con su resplandor, durante un brevísimo período de tiempo. Entonces, Ilse Kranz podía ver el brillo de las turbulentas aguas del Schünersee a casi doscientos metros por debajo del lugar en que ella se encontraba.

El viento arremolinaba los rubios cabellos de la muchacha. Centímetro a centímetro, Ilse se deslizaba por aquella angosta comisa, situada cerca de la base del castillo de Homnitz.



Clark Carrados

El vampiro que guardaba el oro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1161

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *El vampiro que guardaba el oro*
Clark Carrados, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha estaba aterrada, aunque procuraba contener sus nervios. Dominarse, mantener la serenidad, era imperativo en aquellos críticos momentos.

Llovía con fuerza. En las alturas, el viento silbaba lúgubremente. De cuando en cuando, un relámpago disipaba las tinieblas con su resplandor, durante un brevísimo período de tiempo. Entonces, Ilse Kranz podía ver el brillo de las turbulentas aguas del Schünersee a casi doscientos metros por debajo del lugar en que ella se encontraba.

El viento arremolinaba los rubios cabellos de la muchacha. Centímetro a centímetro, Ilse se deslizaba por aquella angosta comisa, situada cerca de la base del castillo de Homnitz.

Abajo, en la aldea, a dos kilómetros de distancia, puertas y ventanas estaban sólidamente atrancadas. En más de una de ellas había crucifijos hechos de trozos de soga y pequeñas coronas de ajo, con los que esperaban alejar las apetencias del vampiro.

Ilse seguía su camino. Estaba ya a pocos metros de la salvación. Unos minutos más tarde y llegaría al lugar donde estaba la cuerda de nudos que le había servido para izarse a lo alto de la muralla.

Casi podía respirar ya aliviada. Un paso más, dos, tres...

Una ventana se abrió de pronto y un rostro indefinible apareció ante los ojos de la muchacha. Ilse gritó.

Cinco dedos se apoyaron en su pecho y empujaron con fuerza. Ilse perdió el equilibrio.

Un terrible alarido se escapó de sus labios. Braceó frenéticamente, pero ya caía hacia atrás.

El cuerpo de la joven volteó en el aire, mientras la persona que la había empujado se asomaba al ventanal. En su rostro lucía una sonrisa de morbosa delectación.

Un relámpago estalló en las alturas. El cuerpo de Ilse pudo ser visto durante una fracción de segundo, aleteando como un gran pájaro mortalmente herido.

La ventana se cerró. Ilse quedó inmóvil allá abajo, junto al

Schünersee, sus rubios cabellos manchados de rojo, un siniestro color escarlata que la lluvia, sin embargo, lavó piadosamente.

* * *

El sol brillaba con fuerza en las alturas. Gordon Mallory se dijo que pocas veces había visto un paisaje tan atractivo como el que tenía en aquellos momentos ante sus ojos.

El valle era pequeño, cerrado por montañas de notable elevación, en cuyas cumbres se veían todavía algunas manchas blancas. El verdor de los campos contrastaba agradablemente con el estallante azul del cielo.

«Un pequeño paraíso, en el centro de Europa y en esta increíble época de maquinismo y automatización», se dijo.

La aldea, de casas con tejados picudos, estaba a menos de un kilómetro de distancia. Al otro lado, sobre un cerro que parecía la proa invertida de un barco, se hallaba el castillo de Homnitz, destino final del viaje de Mallory, estudioso e investigador histórico. El castillo parecía muy antiguo. Había en él trozos del siglo XIII, y secciones construidas posteriormente. No obstante, los sucesivos propietarios de Homnitz habían tenido el buen gusto, o la suerte, de contar con excelentes arquitectos, de modo que las sucesivas ampliaciones de la fortaleza no habían roto la armonía del conjunto, antes al contrario, lo habían reavivado, quitándole buena parte del lúgubre aspecto que pudo tener en sus primeros días.

Una serpenteante carretera conducía a la cima del cerro donde se hallaba el castillo, parte de cuyas murallas daban directamente al profundo despeñadero del lado sur. Por la parte opuesta, por donde se accedía a la fortaleza, había una pequeña meseta, frente a la cual se hallaba la fachada principal del castillo.

Tras unos minutos de contemplación del paisaje, Mallory dio el contacto de nuevo y arrancó en dirección a la aldea de Kevroduz. Se alojaría allí provisionalmente, hasta que se entrevistase con el barón Von Homnitz, actual propietario del castillo.

En el valle, y salvo algunas granjas aisladas, no había otro núcleo de población que la aldea. Mallory sabía que el valle y la aldea de Kevroduz vivían una existencia muy retraída; en medio de la Alemania del «milagro económico», la pequeña comarca de

Kevroduz era poco menos que una vuelta a un pasado situado cien o ciento cincuenta años atrás.

Por supuesto, había radio y televisión y frigoríficos; y también automóviles y algún tractor, pero era la mentalidad de las gentes la que no había cambiado apenas. Mallory confiaba en no encontrar muchas dificultades para su labor de investigación histórica.

Momentos después, se disponía a entrar en la aldea. Entonces vio que salía de ella una extraña procesión.

Era un entierro, sin duda. Mallory estacionó el coche a un lado e, impelido por una curiosidad invencible, se apeó del vehículo.

Cuatro robustos mozos llevaban unas andas, sobre las que iba un féretro descubierto. Rodeando al féretro iban varias muchachas, vestidas de blanco y con coronas de flores sobre sus sienes. Dulces cánticos brotaban de las gargantas juveniles mientras caminaban hacia el cementerio de Kevroduz, junto al cual había pasado Mallory momentos antes.

El cura de la aldea, revestido con los ornamentos sagrados, iba a continuación del féretro. Un monaguillo portaba el crucifijo. Detrás iban los familiares y amigos de la persona muerta.

Era una joven, observó Mallory, y había fallecido antes de cumplir los veinticinco años. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, con las que sujetaba una cruz envuelta en ramos de flores, y parecía dormida. Al forastero le impresionó notablemente la singular hermosura de la muerta.

La difunta estaba ataviada de la misma forma que las muchachas que formaban parte de la comitiva. No obstante, Mallory se dio cuenta de que, bajo la corona de flores que adornaba su cabeza, había un gran vendaje. Las rosas y los *edelweiss* no conseguían ocultar por completo aquellos blancos tejidos que indicaban una muerte violenta.

Mallory se descubrió respetuosamente cuando el féretro pasó por su lado. «Pobre muchacha», lamentó en su interior, mientras se preguntaba qué desgraciado accidente había segado su existencia en plena juventud.

La comitiva se alejó. Muy impresionado, Mallory siguió su camino. Poco después, se detenía ante la única posada de Kevroduz. Se apeó del coche y abrió la puerta, encristalada con vidrios de colores.

Una campanilla sonó en el acto. Mallory vio que el suelo espejeaba.

Gruesas vigas oscuras sostenían un techo blanco. En la chimenea, situada en un rincón, y ahora apagada por la estación, se hubiera podido asar un buey sin dificultad.

Una mujer apareció ante sus ojos. Era de mediana estatura y su cuerpo poseía una singular opulencia de formas. Tenía el pelo rubio y los ojos muy azules, y su apariencia era agradable y simpática.

—Señor —dijo ella.

Mallory se descubrió.

—Deseo una habitación, si es posible, señora —manifestó—. Soy el profesor Mallory.

—Por supuesto, *herr* profesor —contestó la mujer—. Habla usted muy bien nuestro idioma —observó sonriendo.

—Tuve ocasión de ejercitarlo hace algunos años, cuando pertenecía a una unidad militar británica, de las fuerzas de ocupación.

—Ah —dijo ella, mientras pasaba tras el mostrador de recepción—. Firme aquí, por favor —le mostró el libro—. Me llamo Adela Weggon, profesor.

—Encantado, señora Weggon. Permítame... quizá me llame curioso, pero me he tropezado con un entierro... El féretro estaba descubierto, la costumbre local, supongo.

—Sí —contestó Adela—. Es la costumbre cuando se trata de jóvenes solteras. Una rareza que data de cientos de años.

—Entiendo. Ella me pareció muy hermosa, señora Weggon. Murió de accidente, creo.

—Sí, se cayó de lo más alto del castillo al fondo del despeñadero.

Mallory respingó.

—Pobre muchacha —dijo.

—Ilse era una joven muy audaz y resuelta. —Adela bajó la voz de pronto—. Ocurren muchas cosas raras en el castillo, profesor.

—No habrá fantasmas, supongo, señora.

—Peor que fantasmas, profesor. Hay un vampiro.

Mallory miró fijamente a la hermosa mujer que tenía ante sí. ¿Quería burlarse Adela de él?

—No, no bromeo —insistió la posadera—. Pero tampoco quiero que me crea; si va a estar mucho tiempo en Kevroduz, podrá convencerse por sí mismo de que lo que le digo es la pura verdad.

—Sí, señora Weggon. —Mallory emitió una sonrisa de circunstancias—. ¿Cuál es mi habitación, por favor?

—La número dos, profesor. Suba por esa escalera, la encontrará enseguida. Su equipaje está en el coche, supongo.

—En efecto...

—Ordenaré a la criada que se lo suba enseguida.

—Gracias, señora Weggon. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, profesor —sonrió Adela.

—Hay en el castillo documentos históricos de gran valor, los cuales pienso estudiar a fondo, puesto que ése es el objeto principal de mi viaje. ¿Podría indicarme usted el modo de entrar en contacto con el barón Von Homnitz?

—Dudo mucho de que lo consiga, profesor. El barón murió hace ya muchos años.

Mallory se sintió desconcertado al escuchar la noticia.

—Eso no me lo habían dicho —murmuró.

—Pero, en todo caso, está su hija, la baronesa Ulrica von Homnitz. Ella es la propietaria actual del castillo y, espero, accederá con mucho gusto a sus pretensiones.

—Bien, en medio de todo, no importa. A la tarde subiré al castillo... Supongo que no se necesitarán requisitos especiales para hablar con la baronesa.

—Desde luego, profesor.

Súbitamente, se oyeron en la calle gritos y risas femeninas. El suceso llamó notablemente la atención de Mallory, puesto que contrastaba con la fúnebre ceremonia que había presenciado momentos antes.

Atraído por la curiosidad, se acercó a una de las ventanas de la sala. Seis o siete muchachas, todas ellas vestidas con blusas de vivos colores y pantalones cortos, el pelo atado con una cinta en la mayoría de los casos, pasaron por delante de la posada, pedaleando vivamente en sus respectivas bicicletas. Detrás de ellas iba una mujer algo mayor de edad, pero todavía atractiva, la cual parecía ser la jefe o encargada del grupo.

—Son las alumnas de la profesora

O'Toole

—explicó Adela.

El pelotón de hermosas ciclistas se alejó en dirección al castillo. Sorprendido, Mallory se volvió hacia la posadera.

—La profesora

O'Toole

tiene una academia de maniqués y se alojan por una temporada en el castillo —explicó Adela.

—Ah, ya entiendo.

—Tiene bastante éxito. Creo que dos o tres de las chicas se han ido ya con excelentes contratos. Las otras, naturalmente, siguen perfeccionándose, hasta el momento en que les salga una buena colocación.

—El lugar es ideal para ello —sonrió Mallory—. Pero encuentro extraño que la baronesa haya accedido a convertir su castillo en hospedería.

—El dinero lo puede todo en éstos tiempos, profesor —respondió Adela con acento significativo.

CAPÍTULO II

Por la tarde, Mallory tomó el coche y subió al castillo. Al pasar por la meseta superior, vio a la derecha un pequeño cementerio, en el que había dos docenas de tumbas, algunas de ellas situadas en el interior de mausoleos de extraña belleza arquitectónica.

Mallory se detuvo frente a la gran portalada de acceso. En tiempos, había habido un gran foso, pero ahora estaba relleno de tierra, en la que crecía jugosa la hierba y se introducían las raíces de la Medra que cubría algunos sectores de la fachada.

Se apeó y tiró de una cadena que pendía en el lado izquierdo de la puerta. Al cabo de unos momentos, un hombre abrió y le miró inquisitivamente con su único ojo.

Mallory procuró dominar la impresión que le producía el sujeto, muy encorvado de hombros, casi jorobado, en cuyo rostro se veía una enorme cicatriz que le llegaba desde la comisura de los labios hasta la sien izquierda. La cicatriz hendía la cuenca del ojo que faltaba y torcía su boca de un modo grotesco y repugnante al mismo tiempo.

—Señor... —dijo el hombre con voz chirriante.

—Soy el profesor Mallory —se presentó el visitante—. ¿Tiene la bondad de anunciarme a la baronesa?

—Sí, señor. Haga el favor de seguirme.

Mallory cruzó la puerta, en la que todavía quedaba, izado, el terrible rastrillo que en tiempos había cerrado el paso a los asaltantes de la fortaleza; cruzó el túnel de un cuerpo de guardia, ahora inactivo, y salió al patio de armas.

A la izquierda estaban las caballerizas, parcialmente al descubierto. Debajo del cobertizo, de pizarra, sostenido por gruesas vigas y columnas de roble, vio algo que le hizo estremecerse: un coche fúnebre, negro, con algunos dorados y grandes penachos de plumas en el centro y las esquinas. El escudo de los Homnitz campeaba en el centro del tétrico vehículo.

A través de una ventana abierta se oyó un relincho. Había, pues, caballos en el establo.

El individuo pareció adivinar sus pensamientos, porque se volvió hacia él y dijo:

—A la señorita le gusta salir de cuando en cuando a dar un paseo a caballo.

—Ah —murmuró Mallory.

Unas risas de mujer llamaron de pronto su atención. A la derecha, en un piso alto, vio una larga galería, de vidrios coloreados, algunas de cuyas ventanas estaban abiertas. Mallory divisó a dos hermosas chicas, que le miraban con curiosidad, al mismo tiempo que hacían comentarios que, sin duda, debían de divertirles muchísimo, a juzgar por sus carcajadas.

—Son las alumnas de la academia de la profesora

O'Toole

—explicó su acompañante.

Mallory asintió. Subieron una pequeña escalinata y entraron en el castillo propiamente dicho. El gran vestíbulo le impresionó no sólo por su magnitud, sino por la riqueza de su decorado, intacto y cuidado con gran esmero.

Una puerta situada a su derecha se abrió en aquel momento.

—¿Hans? —dijo la mujer que estaba en el umbral.

Mallory se volvió. Ella era joven, alta y muy esbelta, de pelo intensamente negro y ojos profundos y rasgados. Su tez poseía la blancura de la nieve, pero había calor y vida en sus rojos labios.

—Señorita, el profesor Mallory —presentó el contrahecho.

—Hablo con la baronesa Von Homnitz, supongo —dijo Mallory.

—En efecto, profesor. Tenga la bondad de entrar —invitó ella.

Mallory avanzó hacia la puerta. Momentos después, se encontraba en una sala ricamente decorada y en la que se podían admirar algunos cuadros de gran valor.

—Recibí la carta dirigida a mi padre hace algunas semanas —dijo la dueña del castillo—. Lamento que determinadas circunstancias me hayan impedido contestarla, pero ahora puedo darle de palabra la respuesta afirmativa que usted desea.

Mallory se inclinó.

—Es un motivo de gratitud hacia usted, baronesa —contestó—. Estoy redactando una tesis doctoral y necesito investigar en el archivo del castillo.

—Lo tiene a su entera disposición, profesor —manifestó Ulrica—.

¿Cuándo empezará a trabajar?

—Mañana, a las nueve, si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno, profesor. Homnitz estará abierto siempre para usted.

—Mil gracias, baronesa. Le quedo muy reconocido por su benevolencia hacia un modesto investigador de Historia.

—Antes pertenecía usted al ejército, creo —dijo Ulrica.

—Fui, durante dos años, oficial del Servicio de Información de una unidad destacada en Alemania. Mi profesión actual me gusta más, baronesa.

—Entiendo. ¿Piensa alojarse en el castillo?

Mallory se sorprendió de la pregunta.

—Por el momento, me hospedo en la posada de la señora Weggon...

—Le había preparado una habitación de las destinadas a los huéspedes, pero no forzaré la elección, profesor. No obstante, sabe que la tiene a su disposición para el momento en que lo desee.

—Gracias de nuevo, baronesa. Pero, si me lo permite... Tenía entendido que el barón, su padre, vivía aún.

—Murió hace veinte años, cuando yo era muy niña todavía, a consecuencia de una herida antigua, recibida en el frente del Este. No sé quién le pudo dar una información tan evidentemente errónea.

—Tal vez no soy tan buen investigador como pretendo —dijo Mallory, con una sonrisa de circunstancias—. Lamento lo sucedido y le ruego acepte una vez más mi agradecimiento.

Ulrica hizo una inclinación de cabeza, como dando a entender que la entrevista había terminado. Pero, de pronto, levantó un poco la mano.

—Profesor —llamó.

—Dígame, baronesa.

—Creo necesario hacerle un par de advertencias. Espero no lo tome a mal; sin embargo, lo estimo necesario.

—Por supuesto —contestó Mallory.

—En primer lugar, le ruego no se acerque al ala Este del castillo. Todas sus habitaciones están ocupadas por la directora y alumnas de la academia de maniqués y modelos que, accidentalmente, se ha instalado en Homnitz.

—Lo tendré en cuenta, baronesa.

—La segunda advertencia es... Quizá le digan, si no le han dicho ya,

que hay un vampiro en Homnitz. No lo crea, profesor; ni hay vampiro ni lo ha habido jamás. Son fantasías de gente crédula y poco culta.

Mallory sonrió.

—Algo me hablaron en Kevroduz, en efecto, pero ni por un momento se me ocurrió creerlo, baronesa —aseguró.

Inclinó la cabeza y salió, admirado en su fuero interno de la singular hermosura de la dueña del castillo.

«No habrá vampiros..., pero ella lo parece, en femenino, claro», pensó, mientras salía al patio de armas.

Estaba a mitad de camino cuando alguien corrió hacia él, agitando una mano con vehemencia. Mallory se volvió, atraído por la llamada de la hermosa muchacha que corría hacia él.

* * *

—Usted es el profesor Mallory —dijo ella.

—En efecto, señorita...

—Sheila Riess, profesor. Sabíamos que iba a venir usted al castillo y le aguardábamos con ansia.

Mallory arqueó las cejas.

—No he divulgado mis propósitos en la Prensa —manifestó.

—Desde luego, pero nosotras nos enteramos por la profesora O'Toole

y su ayudante..., aunque no nos lo dijeron directamente. Mejor dicho, una de mis compañeras, Carmen de Lorenzo, oyó la conversación y...

—¡Señorita Riess!

La voz era casi femenina, pero salía de la garganta de un hombre. Mallory contempló al individuo que se acercaba a ellos con pasos rápidos, pero muy cortitos.

Lo primero que advirtió en el sujeto era que usaba tupé, casi una peluca, para ocultar su calvicie. Luego se fijó en su nariz ganchuda, sus ojos penetrantes y sus labios incoloros, además de la increíble delgadez de su cuerpo.

—Regrese a su habitación, señorita Riess —ordenó el hombre imperativamente—. Hay unas normas que se deben cumplir inapelablemente en esta academia y no permito que se violen. ¿Me

ha entendido?

—Sí, señor Plummer —contestó la muchacha con acento resignado, casi temeroso—. Adiós, profesor.

—Adiós, señorita Riess.

El hombre de la voz aflautada se encaró con Mallory.

—Le agradeceré se abstenga de tener el menor contacto con las alumnas de la academia, señor —dijo con aire lleno de impertinencia.

A Mallory le entraron ganas de dar un buen puñetazo en aquella nariz picuda, pero logró contenerse.

—Lo tendré en cuenta, señor Plummer —respondió—. Ése es su nombre, creo.

—Rod Plummer, en efecto —confirmó el individuo.

—Profesor Mallory. He tenido un gran disgusto en conocerle, señor Plummer. Buenas tardes.

La seca respuesta del forastero dejó boquiabierto a Plummer. Antes de que pudiera decir nada, Mallory estaba ya cruzando la portalada de salida.

* * *

—No sé cómo Ulrica aceptó tener esa academia de modelos en su castillo —dijo Adela, a la hora de la cena—. Claro que el dinero lo puede todo, pero ¿necesitaba realmente la suma que le pagan por el alquiler de medio castillo?

—Usted la conoce mejor que yo, señora Weggon —sonrió Mallory. Adela sonrió también. Estaba frente a su huésped, ligeramente inclinada hacia adelante, las manos apoyadas en la mesa, en una actitud que era de clara ostentación de sus abundantes encantos físicos.

—Sí, la conozco, pero siempre ha sido muy retraída. Quizá se debe a la maldición de la familia.

—¿Una maldición? —se sorprendió Mallory—. No se referirá usted a las historias de vampiros...

—El séptimo barón Von Homnitz era alquimista. Las leyendas dicen que consiguió convertir en oro una enorme cantidad de metal inferior, plomo casi seguro. Hay una habitación, en el castillo, enteramente llena de oro. Pero nadie ha conseguido jamás dar con

ella.

—Eso no es una maldición —rió el huésped—. En todo caso, si el oro apareciese, sería una bendición...

—Este asunto no es cosa que deba tomarse a broma. El oro existe. Mallory fijó la vista en el rostro de la opulenta posadera. Adela parecía hablar completamente en serio.

—De modo que el séptimo barón Von Homnitz —dijo.

—Sí, señor; pero su laboratorio de alquimista, lo mismo que el cuarto donde escondió el oro, no han sido hallados jamás. Esto no lo digo yo sola, profesor; puede preguntarle a cualquier vecino de Kevrodúz y le contestará lo mismo.

—No lo dudo, señora Weggón, pero yo tenía entendido que el atractivo principal del castillo era un vampiro.

—Sí, el vampiro que custodia el oro y el laboratorio donde está aún la fórmula de la transmutación del plomo en aquel precioso metal. No es un vampiro corriente, no es de la clase de los vampiros que salen en las noches de luna llena para sorber la sangre de sus víctimas, sino que solamente actúa cuando alguien intenta violar las últimas disposiciones del séptimo barón.

—Y el osado muere sin sangre...

—O como Ilse Kranz, despeñada.

—Ah, Ilse buscaba el oro.

—Sí, profesor.

Mallory tenía que contenerse para no sonreír y aparecer tan serio como su hermosa interlocutora.

—Esa pobre chica debía de ser una mujer muy atrevida —comentó.

—Lo era, y por ello murió. —Adela se santiguó devotamente—. Por nada del mundo buscaría yo ese oro, créame, profesor.

—Hace usted bien, si cree que ello podría reportarle graves daños. ¿Le puedo preguntar una cosa, señora Weggón?

—Claro, profesor.

—Se refiere a la actual baronesa. Ulrica, se llama.

—Sí, una hermosa muchacha, pero...

Adela se interrumpió un instante. Luego, con dramático acento, agregó:

—La baronesa Ulrica es el vampiro que protege el tesoro de su antepasado.

CAPÍTULO III

El trabajo absorbió buena parte no sólo del tiempo, sino de la atención de Mallory, de tal modo, que casi llegó a olvidarse de las tétricas leyendas que pesaban sobre el castillo. Cuatro o cinco días más tarde, alguien abrió la puerta de la gran biblioteca en que Mallory realizaba sus trabajos de investigación.

Hacía rato ya que había caído la noche. Mallory, absorto en la contemplación del documento que tenía en las manos, no se percató de que había alguien más en la estancia, hasta que oyó la voz de Ulrica:

—Profesor...

Mallory se volvió.

—Oh, dispense, baronesa —exclamó—. No me había dado cuenta de su presencia.

—Le veo muy abstraído en su trabajo —comentó Ulrica.

—Este plano es sumamente interesante —dijo él—. Mejor dicho, el conjunto de planos, que forman el total del de la fortaleza.

—Sí, se añadieron sucesivos cuerpos al primitivo edificio. ¿Ha encontrado en esos planos algo de particular?

—Apenas he tenido tiempo de examinarlos, baronesa. Lo haré con más detenimiento en sucesivos días.

—Se toma usted con mucho interés su trabajo. ¿No se ha dado cuenta de que hace rato ya que es de noche?

—Sí —sonrió Mallory—, puesto que he encendido las luces. Pero, a pesar de todo, es una labor fascinante.

—Lo cual le hace regresar tarde a la aldea. ¿No le resultaría más cómodo alojarse aquí?

Mallory estudió unos instantes el bello rostro de Ulrica. Ella parecía suplicarle que se quedase.

«¿Teme algo o a alguien?», se preguntó.

—No me gustaría causar molestias...

—Sería un placer, profesor.

«Es casi una orden», pensó él.

—Mañana me trasladaré aquí, baronesa —aceptó Mallory al cabo.

Ulrica sonrió levemente.

—Su labor adelantará de un modo considerable, profesor —auguró —. Buenas noches.

—Buenas noches, baronesa.

Mallory se quedó sólo de nuevo. Su mirada volvió a recaer sobre el plano.

¿Era cierto que había una habitación secreta repleta de oro?

Minutos más tarde, cruzaba el patio de armas. En aquel momento, vio a dos personas que corrían agitadamente hacia él.

—¡Profesor! —llamó Plummer.

Mallory se detuvo. Junto a Plummer llegaba una mujer, en la que inmediatamente reconoció a Nancy

O'Toole.

Nancy resultaba todavía muy atractiva, a pesar de lindar en la cuarentena. Su pecho aparecía muy alborotado.

—Buscamos a una de nuestras chicas —dijo ella.

—Ha desaparecido —añadió Plummer—. Se llama Gina Forli, menuda, morena, tipo italiano...

—Lo siento, pero no sólo no la he visto, sino que ni siquiera he tenido el gusto de conocerla.

—Preguntábamos solamente por fórmula —dijo Nancy—. Gracias, de todos modos, profesor.

—Nos sentimos responsables de esas chicas —aseguró Plummer—. Están a nuestro cargo, ¿comprende?

—Si puedo ayudarles... —se ofreció Mallory.

Nancy le dirigió una sonrisa desvaída.

—Vámonos, Rod —dijo—. Disculpe, profesor.

—Sí, como usted mande, señora —contestó Plummer, con su antipática voz aflautada.

La pareja volvió a su alojamiento. Intrigado por el incidente, Mallory continuó su camino.

Instantes después, se sentaba tras el volante de su coche. Entonces oyó una voz femenina que era poco menos que un susurro.

—Profesor...

Mallory respingó. Escuchaba la voz, pero no veía a la persona que le llamaba.

—No se mueva —siguió la mujer—. Actúe con normalidad. Soy Gina Forli. Quiero darle una carta. Haga el favor de depositarla en

el primer buzón de correos que se encuentre. Es muy importante. Un rectángulo de papel blanco cayó sobre el asiento contiguo. Luego, Mallory oyó rumor de pasos que se deslizaban a corta distancia. Pero apenas si pudo entrever una silueta que desapareció bien pronto en la oscuridad.

La petición de Gina le preocupó considerablemente. ¿Por qué tenía que enviar una carta tan en secreto?

Encendió las luces del coche y arrancó. Viró y enfiló el camino que conducía a la aldea. La carta seguía todavía en el mismo sitio en que la había dejado su autora.

De pronto, cuando ya estaba a punto de llegar al término de la pendiente, vio ante sí un madero atravesado en el camino.

Apenas si tuvo tiempo de frenar. Antes de que pudiera reaccionar, alguien abrió la portezuela y tiró de él con gran violencia.

Mallory salió del coche a trompicones. Sorprendido, quiso defenderse, pero, casi en el mismo instante, sintió un terrible golpe en el cráneo y perdió el conocimiento.

* * *

Mallory despertó más tarde, sintiendo, además de frío, un fuerte dolor en el cráneo. Hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo, frotándose con la mano el lugar donde había recibido el golpe.

Pasos humanos sonaron de pronto en sus inmediaciones. Alguien lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Profesor! ¿Qué hace ahí, sentado en el suelo?

—¿Es usted, baronesa? —preguntó Mallory, con voz insegura.

Ulrica se inclinó sobre él.

—¿Se siente mal, profesor? —preguntó solícitamente.

—Me atacaron —respondió él—. He sido golpeado y he permanecido sin sentido no sé cuánto tiempo...

—Son cerca de las doce de la noche —señaló Ulrica.

—Cuatro horas —murmuró Mallory—. Me marché del castillo alrededor de las ocho de la tarde.

Hizo un esfuerzo y, agarrándose a la portezuela del coche, pudo ponerse en pie. Todavía sentía vértigos y mareos.

—Dice que fue atacado —habló ella—. ¿Por qué?

—Una de las chicas de esta academia me entregó una carta, para

que la depositara urgentemente en Correos. Cuando llegaba a este lugar, encontré un madero atravesado en el camino y frené. Entonces fue cuando me atacaron y golpearon, sin darme siquiera tiempo a defenderme.

—¿Un madero atravesado? El camino está completamente despejado, profesor.

Mallory sacudió la cabeza.

—Lo habrán quitado... —De súbito, lanzó una exclamación—: ¡La carta!

Se asomó al interior del coche. La carta había desaparecido.

—Encuentro muy extraño lo que le ha sucedido, profesor —dijo Ulrica.

—Yo también me siento extrañado de verla fuera del castillo a estas horas, baronesa.

—El tiempo, aunque fresco por las noches, es excelente para pasear. «Ella es el vampiro guardián del oro», pensó Mallory recordando las frases acusatorias de la señora Weggon.

—Ya —murmuró—. Comprendo y le ruego me dispense, baronesa.

—Todavía no está en condiciones de moverse por sí mismo. Si no le importa, yo conduciré su coche.

—Y volverá a pie al castillo.

—Más lejos llego en ocasiones —respondió Ulrica enigmáticamente—. Suba, profesor.

El coche arrancó instantes después.

—Baronesa, quiero preguntarle algo —dijo Mallory de pronto.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Nancy

O'Toole

y su ayudante parecían muy alborotados cuando yo me disponía a salir del castillo. Me dijeron que buscaban a una de sus chicas, Gina Forli, la cual había desaparecido sin saber cómo. Gina estaba escondida junto a mi coche, para entregarme la carta. ¿Qué clase de gente es ésta? ¿Por qué los tiene usted en su castillo?

—Pagan bien —respondió Ulrica evasivamente.

—¿Sólo por eso les permite disponer de la mitad de Homnitz?

—Profesor, no se puede decir que yo sea una mujer con grandes medios económicos. Homnitz me cuesta mucho dinero al año en impuestos y de alguna parte han de salir. O tendría que venderlo,

cosa que no deseo en absoluto. Hace más de seiscientos años que Homnitz pertenece a la familia, usted ya me entiende.

—Sí, baronesa. ¿Qué sabe usted del cuarto lleno de oro? —preguntó Mallory de sopetón.

La respuesta de Ulrica no pudo ser más rápida y contundente. Frenó en seco, dejó la palanca de cambios en punto neutral, echó el freno de mano y se apeó.

—Siga, profesor; sólo hay unos cientos de metros hasta Kevrodúz — se despidió secamente.

Y luego, girando sobre sus talones, echó a andar rápidamente, perdiéndose en las sombras de la noche en contados segundos.

Mallory se quedó atónito, incapaz de decir nada. Al cabo de unos momentos, el ronroneo del motor al *ralentí* le hizo salir de su estado de aturdimiento. Pasó al asiento del conductor, desbloqueó el freno de mano y pisó el pedal de embrague.

* * *

La sonrisa de Adela Weggon encerraba una buena dosis de ironía.

—¿Es agradable la compañía de la baronesa? —preguntó.

Mallory estuvo a punto de contestar de mala manera, pero se contuvo a tiempo.

—No es desagradable —dijo evasivamente.

—¿Le gustan los vampiros, aunque tengan forma de una mujer joven y hermosa?

Hubo una pausa de silencio. Mallory estaba en la puerta de su habitación.

Adela se hallaba unos metros más allá, apoyada con una mano en la jamba de la puerta de su dormitorio, vestida con una sugestiva *negligé* de color casi morado. Los velos de la prenda poseían una alta transparencia.

Mallory se acercó a la mujer. Un fuerte perfume emanaba de aquella carne blanca y ardiente.

Durante unos instantes, se contemplaron en silencio. Adela continuaba sonriendo incitantemente.

De pronto, Mallory la agarró por la cintura y la besó casi con violencia. Los mórbidos brazos de Adela se enroscaron en torno a su

cuello. Una mano de la mujer asió con dedos crispados por la pasión un puñado de cabellos del huésped.

Rato después, Mallory mordía con apetito un bocadillo de salchichas y mostaza. Junto a él tenía una gran jarra de cerveza.

—No he cenado con Ulrica, como puedes apreciar —dijo, entre bocado y bocado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella.

—Dime, Adela, ¿qué opinión tienes de la profesora

O'Toole

y de su ayudante?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—De él te diré que si cayera en una isla habitada por mujeres nada más, la raza humana se extinguiría irremisiblemente —contestó con punzante ironía.

—¿Y ella?

—Es profesora... de lo que es. Pero sé que tiene sujetas a las chicas con puño de hierro.

—Casi parece un estado de esclavitud, Adela.

—Quisieron atraerse a Ilse Kranz a sus filas. Ilse se negó. No le gustaba el asunto.

—En el fondo, Adela, ¿no estaremos en presencia de un asunto de trata de blancas? De alto nivel, por supuesto.

—Podría ser, Gordon.

—Llámame Larry. Todo el mundo lo hace así, Adela.

—Está bien, Larry. De todas formas, las chicas poseen una gran distinción y todas son muy hermosas. A veces, les hacen rodar pequeños papeles cinematográficos. Plummer en persona maneja la cámara.

—Ah, una especie de filmes de propaganda.

—Y de estudio de ellas mismas, de modo que así pueden ver sus propios defectos y corregirlos.

—¿Cuánto tiempo llevan en Homnitz?

—Cuatro o cinco semanas, aproximadamente.

—¿Ha faltado alguna de ellas en ese tiempo? Quiero decir si se ha marchado, contratada... por alguien.

Adela se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me importa. —Mallory había terminado ya de cenar y se sentó en sus rodillas, a la vez que le echaba los brazos al cuello

—. En estos momentos sólo me importas tú, querido.

Mallory sonrió. El calorcillo que emanaba aquel opulento cuerpo, tan próximo al suyo, le hizo olvidar el golpe recibido en la cabeza.

CAPÍTULO IV

Gina Forli fue a lanzar un grito de terror, pero alguien le puso sobre la boca una ancha tira de esparadrapo. Estaba tendida en su cama y unos fuertes brazos la alzaron en vilo. Perneó desesperadamente, pero era una paja en manos de aquel fornido sujeto, de facciones repulsivas y casi simiescas.

Momentos después, Gina se encontraba en una habitación situada en lo más hondo del castillo. Antes de que pudiera hacer nada, sintió que la ataban por las muñecas a una argolla empotrada en el muro de piedra.

Unas manos rasgaron sus ropas, dejándole la espalda al aire. Despavorida, Gina volvió la cabeza.

Ulrica von Homnitz estaba a pocos pasos de distancia, contemplando la escena con expresión de morboso deleite. Plummer se hallaba junto a la dueña del castillo.

—Has quebrantado las normas, Gina —dijo Plummer—. Ya sabes cuál es el castigo que debes sufrir.

Gina movió la cabeza desesperadamente. Era horrible no poder gritar, no poder pedir clemencia...

Ulrica alzó una mano. Un látigo chasqueó en el aire. Gina creyó desmayarse de dolor, lo que sucedió al cuarto golpe. Su cuerpo pendió inanimado de la argolla.

—Muy floja —comentó Ulrica.

—La carta que escribió podía habernos costado un serio disgusto —aseguró Plummer.

—Indudablemente —convino ella—. Pero ¿tendrá suficiente con este castigo?

—Yo diría que no —habló por primera vez el hombre del látigo.

Hubo un momento de silencio. Ulrica tenía los ojos fijos en aquel sujeto de fuerzas colosales.

—Tienes razón, Markus —dijo al cabo—. ¿Cuál es tu opinión, Rod?

El pulgar de Plummer señaló hacia abajo. Ulrica hizo un gesto de asentimiento.

—Encárgate de ello, Markus —ordenó.

—Sí, señora.

—Vamos, Rod.

Ulrica y Plummer abandonaron el sótano. El verdugo se acercó a la inconsciente Gina.

Un afilado bisturí apareció en su mano derecha. La punta del instrumento se hundió dos veces en el lado izquierdo de la garganta de Gina. La sangre empezó a fluir inmediatamente.

Markus permaneció en el mismo sitio, hasta que el corazón de Gina dejó de latir.

Alguien, minutos antes, había visto a Ulrica en compañía de Plummer. Sheila Riess procuró no ser vista, mientras espiaba a la pareja, que conversaban en el corredor que daba a las habitaciones que ellas ocupaban.

Al cabo de unos momentos, Ulrica y Plummer se separaron. Sheila aguardó unos minutos más todavía y luego corrió a las otras puertas.

Había una habitación vacía: la de Gina Forli. El desorden se advertía claramente, aunque le pareció que no faltaba una sola prenda de ropa.

Todos los objetos de tocador permanecían sobre la pequeña consola situada frente al espejo. Las dos maletas de Gina estaban en la parte inferior del ropero, así como un par de bolsos y un *necessaire* de viaje.

Aquello, se dijo Sheila, no le parecía muy lógico. ¿Qué había sido de Gina?, se preguntó.

* * *

Los documentos que el profesor Mallory tenía en las manos resultaban muy interesantes. Mallory empezaba a creer en que había tenido una bonísima idea al dirigirse a Homnitz para completar los datos que figurarían en su tesis doctoral.

Según lo que podía ver, era cierto que el séptimo barón Von Homnitz se había dedicado a la astrología y a la alquimia. Había sido considerado por sus vasallos como brujo, aliado con el diablo y poseedor de poderes malignos, además de vampiro que sorbía la sangre de sus víctimas. Todo ello era muy interesante como leyenda, pero era una demostración palpable de la ignorancia y la

superstición que atenazaban las mentes aldeanas seiscientos años antes.

Muchos de los documentos estaban redactados en latín antiguo y algunos hasta en griego, idiomas que Mallory, si no hablaba muy bien y fluido, podía leer y traducir sin dificultades. Efectivamente, en el castillo había habido un laboratorio secreto y una habitación en la que el barón Rudolf von Homnitz había guardado el producto de sus experimentos alquímicos: enormes cantidades de oro procedente de la transmutación de metales.

Lo interesante, pues, era hallar el laboratorio y el cuarto secreto. Mallory no creía en el oro, aunque si estimaba posible algún cofrecillo lleno de monedas, escondido tal vez para guardarlo de la codicia de algún enemigo del barón. Las luchas entre nobles no eran infrecuentes en aquella época y el ganador, además de matar al vencido, se apoderaba de sus propiedades.

Había oro, posiblemente, pero no en la enorme cantidad que afirmaba la leyenda. Lo importante, sin embargo, era dar con el laboratorio y el cuarto secretos.

Y para ello contaba con los planos del castillo.

Dejó los documentos a un lado y ya se disponía a examinar los planos una vez más cuando, de pronto, se abrió la puerta de la biblioteca.

Mallory volvió la cabeza. Arqueó las cejas al reconocer a Sheila Riess.

—Hola —saludó con amable sonrisa—. ¿Puedo servirle en algo?

Sheila cerró la puerta con todo cuidado. Luego avanzó hacia el investigador.

—Profesor, tengo que decirle algo muy importante —manifestó.

A Mallory le extrañó el tono de la joven, que parecía muy excitada.

—¿Es grave? —preguntó.

—Gina Forli ha desaparecido, profesor.

—¿Gina...? Supongo se refiere usted a una de sus compañeras de estudios, señorita Riess.

—Efectivamente. A las dos de la madrugada no estaba en su habitación... y ahora, cuando he ido de nuevo, antes de venir a la biblioteca, seguía sin aparecer.

Mallory frunció el ceño. Gina Forli era la chica que le había dado una carta que no había podido llegar a su destino.

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó.

—Absolutamente, profesor —repuso Sheila—. Es más, temo que Gina haya sido asesinada.

Mallory respingó.

—¡Por favor, no deje volar su imaginación! —exclamó—. Es muy posible que Gina haya pensado que no le conviene seguir con... los estudios que aquí se cursan y haya abandonado el castillo, eso es todo.

—¿Dejándose hasta la lima de las uñas?

—¿Quiere decir que todo su equipaje está aquí?

—No falta ni un solo lápiz de labios, profesor —aseguró Sheila enfáticamente.

—Bueno, si usted sospecha que ha ocurrido algo malo, ¿por qué no acude a la policía? ¿Qué puedo hacer yo? Soy un simple profesor de Historia, que trata de conseguir su doctorado...

—¿Recurrir a la policía? —rió Sheila amargamente—. ¿Qué policía, quiere decirme? En Kevroduz no hay policía de ninguna clase..., a menos que considere como tal al *burgmeister*, quiero decir, al alcalde, que es quien desempeña esas funciones cuando ocurre algo que se sale fuera de lo común. Pero en Kevroduz nunca pasa nada; es una aldea muy pacífica y, además, su presupuesto no daría siquiera para mantener un simple guardia municipal.

—Muy enterada está usted de las peculiaridades de Kevroduz, señorita —comentó Mallory—. No obstante, si sospecha que le haya ocurrido algo malo a su amiga, acuda al burgomaestre de la aldea; es todo cuanto puedo decirle.

—Llegué a creer que me ayudaría, profesor —dijo ella, decepcionada.

—¿Me ha tomado por un detective aficionado? —Mallory sonrió—. Temo que se haya equivocado conmigo.

—Le estoy hablando de un posible asesinato. ¿Cómo es capaz de tomarlo a broma, profesor?

—Ni se me ocurriría, señorita —protestó él con vehemencia—. Pero no creo en la hipótesis del asesinato.

—Lo cometieron ella y Plummer —acusó Sheila.

—¿Ella? ¿La profesora

O'Toole?

—¡No, hombre, no! Me refiero a Ulrica von Homnitz.

Mallory miró de reojo a su bella interlocutora.

«Esta chica está loca», pensó.

—No, no estoy loca —exclamó Sheila, adivinando las ideas que bullían en la mente de su interlocutor—. Y si no me cree, ¿por qué no viene conmigo y lo comprueba en persona?

—¿Quiere decir que desea que la acompañe al dormitorio de Gina?

—Exactamente, profesor.

—Lo siento, señorita, pero la baronesa me prohibió taxativamente que me acercase al ala ocupada por ustedes.

—¿Es que ni siquiera en un caso de gravedad se atreve a desafiar esa prohibición? ¡Una persona ha sido asesinada, recuérdelo!

Mallory elevó sus brazos al cielo.

—Está bien —cedió resignadamente—. Pero la hago a usted responsable de lo que suceda... ¡y si la baronesa me pregunta por qué he quebrantado su orden, usted misma le explicará los motivos!

—No le quepa duda de que así lo haré, profesor —respondió Sheila sin vacilar.

De pronto, cuando ya iban a salir, se oyó ruido de motor en el patio central del castillo.

—Alguien viene —exclamó la joven.

Mallory se acercó a una de las ventanas de la biblioteca, que daba al patio. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios en el acto:

—¡Demonios!

* * *

Había en el patio un furgón de pompas fúnebres, encristalado, en cuyo interior se veía un ataúd con herrajes de plata. Ulrica se hallaba junto al vehículo, contemplando el féretro con expresión afligida.

—Lo que nos faltaba —murmuró Sheila.

—¿Quién será el muerto? —murmuró Mallory.

—Gina, hombre, quién va a ser —respondió ella abruptamente—.

Ahí traen el ataúd para enterrarla...

—¿Públicamente? Vamos, señorita, no me haga creer...

—Ulrica está disfrutando sádicamente en estos momentos previos al entierro de su víctima. Es un placer morboso el que siente, pensando que antes de que termine el día, Gina estará bajo seis

palmos de tierra.

—Será mejor que refrene su fantasía —dijo Mallory con severidad—. ¿O es que va a decirme ahora que la baronesa mató a Gina?

—¿Y por qué no? Ella estaba hablando con Plummer a las dos de la madrugada. Yo lo vi, profesor, y créame que no era una pesadilla. Mallory apretó los labios.

—Vamos al cuarto de Gina —dijo.

—Con mucho gusto —accedió Sheila—. Así sabrá que no le he mentado y que no soy una loca inventora de disparates.

Abandonaron la biblioteca y pasaron al ala este del castillo. En el corredor, Mallory divisó a un hombre de mediana estatura, cuya tremenda corpulencia le hacía parecer más bajo de lo que era en realidad.

En el primer momento, llegó a creer que era Hans, el deforme mayordomo de Ulrica. Sheila le sacó bien pronto de su error.

—Cuidado, no conviene que nos vea Markus.

—¿Quién es Markus? —preguntó él.

—Nuestro criado, el hombre que se ocupa del arreglo de las habitaciones. A veces también toca el piano en las sesiones de danza. El apellido es Potai..., creo que húngaro de origen.

Potai se marchó. Al cabo de unos instantes, Sheila hizo un gesto con la mano y salió al corredor.

—Sígueme, profesor.

Mallory caminó tras la muchacha. Sheila se detuvo ante una puerta y la abrió, con los ojos fijos en su acompañante.

—Compruebe por sí mismo cuanto le he dicho —exclamó desafiante.

Hubo una pausa de silencio. Mallory contemplaba el interior del dormitorio, mientras Sheila seguía mirándole, como gozándose en su asombro.

Mallory tosió.

—¡Ejem, ejem...!

—¿Se burla de mí, profesor? —dijo ella, picada.

—Sólo espero que, si Ulrica se entera de mi presencia en esta parte del castillo, no me lo tenga en cuenta —respondió Mallory.

Sheila abrió la boca, extrañada por aquella contestación. De pronto, se volvió hacia el cuarto y emitió un grito de sorpresa.

Entró a la carrera y abrió el ropero.

—¡Está vacío!

La cama aparecía completamente en orden y en el tocador no había un solo frasco de perfume. Terriblemente desconcertada, Sheila se volvió hacia la puerta, pero Mallory había desaparecido ya.

CAPÍTULO V

Ulrica estaba en pie, junto al féretro situado sobre un túmulo, flanqueado por cuatro blandones, que sostenían sendos cirios de gran tamaño.

La estancia, cuyas paredes aparecían forradas de tapices de luto, en los que únicamente campeaba, como adorno, el escudo de los Von Homnitz, olía a cera. Al pie del túmulo, se veía una mesita con un cojín y encima de éste unas cuantas cruces y medallas.

Mallory se detuvo en el umbral de la sala. Durante unos momentos, contempló la escena.

El féretro estaba cubierto con un gran tapiz, en el que igualmente se veía el escudo familiar: ajedrezado en su mitad diestra y con un águila de oro en campo de gules en la mitad siniestra. El águila tenía las alas replegadas y estaba surmontada por dos espadas cruzadas.

Mallory tosió discretamente. Ulrica volvió la cabeza.

—Lamento molestarla, baronesa —se disculpó Mallory—. Pero pasaba por aquí y...

—No tiene importancia —contestó Ulrica—. Estoy viendo, sin embargo, que le extraña este aparato fúnebre.

—A decir verdad, sí, señorita.

—Son los restos de mi padre. Después de muchos años, he conseguido encontrarlos y conseguir los permisos necesarios para que descanse en el cementerio de la familia. Estaba enterrado en la Alemania Oriental.

—Ah —murmuró él—. Veo condecoraciones...

—Son las que ganó en la guerra. Era coronel de tanques.

Mallory asintió.

—El tanque de mi padre ardió —agregó Ulrica—. No murió, pero quedó muy mal herido, como puede comprender. Falleció años después y, en tanto tiempo, sus restos apenas si serán un puñado de ceniza..., pero me pareció conveniente guardarlos en un féretro adecuado.

—Sí, señorita.

—Lúgubre, ¿no? —sonrió ella tristemente—. Pero lo creí mi obligación y, espero, de ahora en adelante me sentiré mucho mejor. Usted lo tomará, quizá, como rarezas de una solterona; pero me sentía muy incómoda sabiendo que las cenizas de mi padre reposaban muy lejos del lugar en que debían hallarse.

—Según la tradición familiar, claro.

—En efecto, profesor.

—Pero usted es muy joven todavía, baronesa... y aunque sea una irreverencia comentar este tema delante del féretro, me parece una barbaridad autocalificarse de solterona.

—He cumplido ya veinticinco años, profesor.

—La edad de oro de toda persona, hombre o mujer.

Ulrica sonrió ligeramente. Luego hizo una leve inclinación de cabeza.

—Le agradezco sus palabras, profesor —dijo.

—¿Puedo preguntarle cuándo situarán el féretro en la tumba, baronesa? Si no lo tomase como intromisión en sus asuntos, me gustaría estar presente en el acto.

—Hay un par de operarios abriendo la tumba. Ya he encargado la lápida, pero tardará tiempo en estar lista.

—He visto mausoleos...

—Pertenecen a otros Von Homnitz y a sus respectivas esposas. Un día haré construir el de mis padres..., pero eso cuesta dinero, profesor.

—Entiendo. Su madre está también enterrada aquí.

—Sí. Murió cuando yo tenía ocho o nueve años. La vida se le hizo insoportable sin la compañía de su esposo.

—Lastimoso —dijo Mallory—. Baronesa, me disgustaría enormemente haber reavivado su pena...

—Todo lo contrario —sonrió Ulrica—; su presencia me ha confortado mucho, profesor.

* * *

—Ella miente —dijo Sheila, muy excitada.

Mallory respingó. Sheila había entrado en su habitación, sorprendiéndole cuando se cambiaba de ropa, cosa que le había incomodado notablemente.

—Pero, Sheila...

—Se lo juro, profesor. Ulrica miente. En ese ataúd no están los restos del barón ni cosa que se le parezca. Lo aprovecha para enterrar a la pobre Gina, sin que nadie se entere.

Mallory terminó de anudarse la corbata. Luego se puso la chaqueta.

—Sheila, yo...

—Profesor, usted sigue pensando que estoy loca. Bien, le demostraré que digo la verdad.

—¿Cómo? ¿Levantando la tapa del féretro para mostrarme el cadáver de Gina? —se burló él.

—Ésa es una solución. Pero hay otra prueba.

—¿Ah, sí?

—Ulrica ha hecho abrir una tumba. Eso no tiene sentido, cuando hay un mausoleo en el que ya están grabadas a cincel las letras que componen el nombre completo del barón.

Mallory se quedó muy sorprendido al oír aquellas palabras.

—Hoy mismo lo he visto yo en el cementerio —agregó la vehemente Sheila.

—Un momento —dijo él—. ¿Lo saben sus compañeras?

—No, no he querido alarmarlas... Bueno, sí, una de ellas está enterada. La española, Carmen de Lorenzo.

—¿Qué dice esa chica?

—Cuando no tiene miedo, el pelo le llega más abajo de la cintura.

—¿Y si tiene miedo?

—Tiene que agacharse, porque entonces su cabellera tropieza con el dintel de las puertas.

Mallory no se pudo contener y lanzó una estentórea carcajada. Sheila le miró furiosa.

—No me cree, ¿verdad? Bien, ahora, la sala donde se halla el féretro está vacía —exclamó—. La baronesa está cenando. ¿Por qué no me acompaña usted y lo comprobamos?

Mallory dudó un momento, pero al fin acabó por ceder.

«Tendré que acompañar a esta loca... Bueno, no está loca, sino bordeando la histeria. El ambiente de Homnitz puede influir muy bien en una mente débil y dada a fantasías», pensó.

—De acuerdo —dijo en voz alta.

Abandonaron el dormitorio. Sheila le guiaba con pasos rápidos. A los pocos instantes, entraron en la sala fúnebre.

—Adelante, profesor —invitó ella.

Mallory dudó un momento.

—Si la baronesa nos sorprende...

—Ya le daremos cualquier disculpa. Vamos, levante la tapa.

Mallory vaciló un momento, mientras contemplaba el ataúd. Su cubierta estaba asegurada por una especie de pasadores, pertenecientes al juego de herrajes ornamentales. Los cerrojos eran dos y, al fin, decidiéndose, los deslizó a un lado.

La tapa era bastante pesada, pero Mallory era fuerte. Su profesión resultaba primordialmente sedentaria, lo que le llevaba a hacer ejercicios gimnásticos con regularidad.

El interior del féretro quedó al descubierto. Mallory sintió una especie de vértigo al ver el cuerpo contenido en su interior.

Sheila se echó a llorar.

—Es Gina... Ya se lo dije, profesor... Ella la asesinó...

—Pero ¿cómo puede acusar a la baronesa? —barbotó Mallory, malhumorado por el descubrimiento, que venía a confirmar las palabras de Sheila—. ¿Tiene pruebas de ello?

Sheila inspiró con fuerza.

—Se dice que es un vampiro, profesor —contestó—. Algunos aseguran que son leyendas, pero yo le juro que es la verdad. ¡Mire, en el cuello de Gina están las señales de sus colmillos!

La sangre estaba ya seca y negruzca, pero las huellas eran inconfundibles. Trabajosamente, Mallory cerró el ataúd y se apoyó en él, sintiéndose enfermo.

—Ella... sorbe la sangre de las personas... —tartamudeó.

Sheila le miraba con ojos enfebrecidos.

—Tiene que ir a ver al *burgmeister* —dijo—. Dígale lo que pasa aquí; si no se atreve a subir al castillo, que vaya a Munich a pedir socorro a la policía federal... El caso es detener a la asesina, evitar que continúe cometiendo más crímenes...

Mallory logró reaccionar.

—¿Se quedará usted aquí? —preguntó.

—En la sala, no, por supuesto, pero vigilaré a Ulrica sin cesar —respondió la joven decididamente.

El profesor asintió.

—De acuerdo, iré ahora mismo —dijo.

Pero antes de abandonar el castillo, quiso cerciorarse de que Ulrica

estaba allí todavía. Sí, la joven se hallaba en el comedor y, según juzgó, a punto de terminar la cena.

* * *

Adela Weggon se mostró sorprendida por la insólita petición del joven.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué quieres hablar con el *burgmeister*? —exclamó.

—Ha sucedido algo muy grave —contestó él—. Tú le conoces, ¿no es cierto, Adela?

—Claro que sí, pero... Me imagino que Theo Schaule querrá saber lo que sucede.

—Anda, ve a buscarlo —insistió Mallory—. Se lo contaré aquí, en tu propia casa. El asunto debe mantenerse dentro de la más estricta reserva.

—Muy bien, iré ahora mismo... Dime, Larry, ¿te irás de nuevo apenas hayas hablado con Schaule?

—Claro, tengo que subir con él al castillo. Es imperativo que Schaule vea con sus propios ojos lo que sucede.

Adela sonrió de mala gana.

—Pensé que te quedarías un ratito a mi lado —dijo.

—Mañana, hoy me es de todo punto imposible.

—Muy bien, sube a mi habitación. Volveré enseguida con el *burgmeister*. Tienes licor en la consola, sírvete a tu gusto.

El departamento particular de Adela estaba compuesto por el dormitorio, una salita de estar y el cuarto de baño, anticuado, pero con una excelente instalación. Sobre la consola de la salita, Mallory divisó varias botellas y eligió una que contenía *schnapps*. Necesitaba algo fuerte. La imagen de Gina, blanca como la cera, con la huella de los colmillos en su garganta, era algo que no se borraba fácilmente de su memoria.

Minutos más tarde, Adela llegó acompañada de un individuo de mediana edad, casi calvo y de expresión no demasiado enérgica.

—Larry, te presento a Theo Schaule, alcalde de Kevroduz. Theo, éste es el profesor Mallory —dijo la posadera.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Encantado de conocerle, señor Schaule —manifestó Mallory.

—Es un placer, profesor —respondió el *burgmeister*—. Adela me ha dicho que usted tiene algo muy importante que comunicarme.

—Así es. Se ha cometido un asesinato en el castillo. He creído que usted, como máxima autoridad de Kevroduz, debía saberlo.

Schaule parpadeó, asombrado. Adela lanzó una exclamación:

—¡Un asesinato! ¿Quién ha muerto, Larry?

—Una de las jóvenes de la academia de la profesora

O'Toole.

Yo mismo la he visto muerta, de modo que no hay por qué dudar de mi palabra.

—Es terrible, terrible —dijo Schaule—. ¿Cómo ha muerto esa chica? Mallory vaciló.

—Vamos, Larry —le apremió Adela—. Dilo todo de una vez.

—Es que...

—¿Acaso resulta demasiado espantoso y no te atreves a decirlo?

—Espantoso es, por supuesto, pero también increíble.

Adela se estremeció, a la vez que se santiguaba.

—¡El vampiro! —exclamó.

—El vampiro —repitió Schaule, aterrado.

—Tiene que subir conmigo y comprobar el crimen y tomar las medidas pertinentes, alcalde —dijo Mallory con vehemencia—. No sé qué hará usted, pero es la máxima autoridad y le compete intervenir en este caso.

—Sí, claro. —Era evidente que Schaule no se mostraba demasiado dispuesto a hacer lo que le pedían, pero, al mismo tiempo, comprendía que no tenía otro remedio que intervenir—. Bien, cuando usted guste, profesor —se decidió al cabo.

Adela puso una mano sobre el brazo de Mallory.

—Larry, ¿estás seguro de que el vampiro ha matado a esa chica? —preguntó.

—Cuando una persona muere atacada por un vampiro, ¿qué señales quedan en su cuerpo?

—Las de los colmillos, por descontado. ¿Las has visto tú, Larry?

—Sí, las he visto. Son inconfundibles, Adela, y no permiten el menor resquicio a la duda. Gina Forli, así se llamaba la difunta, murió desangrada por el vampiro.

CAPÍTULO VI

Las chicas parloteaban alegremente en el comedor. Sólo Sheila permanecía seria y silenciosa.

Algunas de ellas comentaban con envidia la suerte de Gina, a quien suponían lejos de Homnitz. Sheila sonreía amargamente; salvo a su mejor amiga, Carmen de Lorenzo, no había comunicado a nadie más su macabro descubrimiento.

Carmen faltaba a la cena; se había quedado indispuesta en su dormitorio. De pronto, Sheila se sintió hastiada por las insulsas conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.

Potai, el hombre para todo, había dejado el comedor después de servida la cena. Sheila se levantó y se acercó a una de las ventanas de la estancia.

El coche fúnebre estaba parado ante la entrada del castillo, aunque todavía en el interior del patio. Sheila observó con enorme asombro que había dos caballos negros, empenachados, uncidos al carruaje.

El cochero estaba ya en el pescante, quieto, inmóvil, cubierto con una larga capa que le llegaba hasta los pies y con un extraño sombrero de alas muy anchas y caídas, las cuales ocultaban su rostro por completo.

Parecía muy pensativo, con la cabeza ligeramente caída sobre el pecho.

—Van a enterrar a Gina —murmuró, con acento de terror.

Y, de repente, se dijo que debía impedirlo como fuera. Era preciso ganar tiempo hasta la llegada de Mallory con el alcalde de Kevroduz.

Sheila no se despidió siquiera de sus compañeras. Sin decir nada, abandonó el comedor, atravesó velozmente los corredores, bajó la escalinata principal y descendió al patio.

El coche fúnebre continuaba en el mismo sitio. Un gran farol alumbraba la escena y su luz recaía principalmente sobre la parte posterior del carruaje. La espalda del cochero daba por tanto al resplandor y su rostro quedaba completamente en las sombras.

Sheila se acercó al pescante.

—¡Eh, oiga! —exclamó vivamente—. Usted no puede llevar ese féretro al cementerio. Hay dentro el cuerpo de una joven asesinada...

El cochero guardó silencio. Extrañada, Sheila se acercó un poco más y escorzó el cuerpo para mirarle a la cara.

Un grito horripilante brotó de sus labios en el acto. Parte de la capa se deslizó a un lado y Sheila pudo ver entonces las manos descarnadas que sostenían las riendas de los caballos.

La calavera que había bajo el sombrero parecía reír burlonamente, con su boca sin labios, en la que brillaban unos dientes blanquísimos. Sheila sintió de repente que todo daba vueltas a su alrededor. El gran farol de la entrada se descompuso en miles de lucecitas que, de pronto, fueron extinguidas por un golpe de oscuridad.

El golpe del cuerpo de Sheila al chocar contra las losas del patio, brillantes a causa de la humedad ambiental, resonó tétricamente en el absoluto silencio de la noche.

* * *

Los faros del coche iluminaron el pequeño grupo que había junto a la tumba recién abierta. El coche fúnebre estaba parado a pocos pasos de distancia y el féretro se veía en el suelo.

Ulrica aparecía a un lado, vestida con una larga capa que le llegaba hasta los pies. La capucha, forrada de raso escarlata, estaba caída hacia atrás.

La joven volvió la cabeza al percibir el ruido de la llegada del automóvil. Un instante después, Mallory se apeaba del vehículo, en unión del *burgmeister*.

—Baronesa —dijo Mallory—, le ruego disculpe mi intromisión en esta ceremonia, pero, aun a riesgo de incurrir en su enojo, le he de pedir que abra ese féretro.

—¿Cómo se atreve...? —protestó ella con vehemencia—. Señor Schaule, ¿puede explicarme qué hace usted aquí?

—Lo..., lo siento, baronesa —tartamudeó el alcalde—. E... este caballero dice que se ha cometido aquí un crimen...

Ulrica lanzó una risa estridente.

—¡Un crimen! ¿Han oído ustedes? —Se dirigió a sus acompañantes

—. Nunca escuché una necedad semejante. ¿Me toma a mí por una criminal, *herr burgmeister*?

Schaule estaba lívido.

—Yo..., baronesa, el..., el profesor me parece persona de criterio...

—Un loco está mejor dicho —respondió ella abruptamente—. ¿Es que no sabe usted, profesor, que los restos de mi padre están dentro de ese féretro?

Mallory no se amilanó por el tono hostil de la joven.

—Insisto en que ahí adentro está el cadáver de una persona muerta violentamente. Es más, diré las causas de su muerte cuando hayan levantado la tapa, baronesa.

—Ese hombre está loco, señorita —dijo Plummer.

—Si de mí dependiera, ahora mismo lo echaría del castillo —añadió Markus Potai hostilmente.

Mallory se volvió hacia su acompañante.

—Señor Schaule, usted tiene un deber que cumplir —dijo—. ¿O acaso su cargo es sólo un título honorífico?

El *burgmeister* se impresionó mucho por el tono enérgico de Mallory. Sacando fuerzas de flaqueza, hinchó el pecho y dijo:

—Baronesa, usted sabe bien que soy la máxima autoridad en Kevroduz. Por tanto, la intimo oficialmente a que cumpla mi orden.

—Está bien, cedo, pero sólo ante la fuerza de la ley, reservándome, no obstante, el derecho de demandarles a los dos. ¡Levanten la tapa! —exclamó Ulrica.

Plummer y Potai se inclinaron. La tapa giró a un lado. Potai tomó uno de los faroles con que se alumbraban y lo situó sobre el féretro abierto.

Mallory lanzó una exclamación de asombro. Dentro del féretro había solamente una pequeña urna de metal que, indudablemente, contenía las cenizas del barón Rudolf von Homnitz.

—¿Satisfecho, profesor? —preguntó Ulrica, sonriendo irónicamente. Mallory se sentía desconcertado.

—Pero yo mismo he visto esta tarde...

Ulrica hizo un gesto con la mano. La tapa cayó de nuevo sobre el féretro.

—Pueden quedarse, si gustan, para presenciar el resto de la ceremonia —dijo ella fríamente.

Schaule se volvió hacia el joven.

—Profesor, lo correcto, al menos en su casa, es presentar sus excusas a la baronesa, como lo hago yo en este mismo momento —dijo—. Señorita, me siento terriblemente avergonzado...

—Gracias, señor Schaule —cortó Ulrica bruscamente—. Sigamos, amigos míos.

Mallory fue a decir algo, pero, de pronto, decidió que lo mejor era callar.

—Le llevaré de nuevo a su casa, señor Schaule —manifestó.

* * *

—De modo que ha sido una metedura de pata —rió Adela, mientras entregaba una copa a su visitante.

—No lo sé —contestó Mallory, tremendamente desconcertado—. Te juro que vi a Gina Forli muerta. Ocurrió esta tarde; no había probado una gota de alcohol... y fui durante años oficial de Información. Esto concede cierta experiencia en la observación de las cosas, ¿comprendes?

—Bueno, en tal caso, ¿dónde está el cadáver?

—¿Cómo quieres que te responda? Lo habrán escondido, sin duda; el castillo tiene que ser pródigo en lugares donde se pueden esconder, no uno sino cien cadáveres, sin que nadie los descubra jamás.

—Pues no lo entiendo. Y lo peor no es eso, sino que si la tal Gina Forli ha muerto, ahora se ha convertido en otro vampiro.

—Adela, por favor, no irás a creer en esas leyendas —barbotó él malhumoradamente—. Una persona muerta, aunque lo sea porque un vampiro le ha sorbido la sangre, no se convierte luego en otro vampiro. Y aplico esta palabra a Ulrica, no porque crea que es ese ser de leyenda, sino porque debe de estar desequilibrada... y ello la lleva a creerse que es un vampiro auténtico.

La posadera se estremeció.

—Casi sería peor —dijo—. Una loca, con obsesiones de sorber la sangre de sus víctimas...

—Además, qué diablos, si Gina murió por desangramiento... no pudo suceder de golpe. ¿No dice que las víctimas de los vampiros mueren al cabo de varios días, semanas a veces? Y, vamos, una persona tiene en su cuerpo varios litros de sangre, que el vampiro

no puede ingerir de una vez.

—Pero tú vistes las señales de los colmillos.

—No soy médico. Quizá... eran otras señales. Causadas con un objeto punzante, pero con el mismo fin: saciar un apetito anormal. Y luego, claro, al no estar cerradas las heridas, Gina terminó de desangrarse.

—Es posible —admitió Adela—. Me gustaría saber qué decía aquella carta que no pudiste echar al correo.

Mallory lanzó un suspiro.

—A mí también —contestó—. Pero ya habrá sido destruida.

Se puso en pie y vació el resto de la copa.

—¿Te marchas ya? —preguntó Adela.

—Necesito descansar... y reflexionar mucho —contestó él, dándole una palmadita en la cara.

—Vuelve pronto; la curiosidad me mata —sonrió ella.

* * *

El cuerpo de Sheila, sin el menor velo, yacía sobre una tabla lisa. La joven abrió los ojos, sintiéndose torpe y envarada. Quiso moverse, pero entonces se dio cuenta de que estaba sólidamente atada a la tabla.

Notó calor. Volvió la cabeza y, a la luz de las lámparas de aceite que alumbraban aquel extraño subterráneo, pudo ver una especie de caldera de metal, de no grandes dimensiones, que despedía continuos vapores. Debajo de la caldera había un potente homo eléctrico.

Sheila se incorporó un poco, todo lo que le permitían sus ataduras. Entonces, casi frente a ella, divisó algo que bañó su rostro en sudor. Era una estatua de oro, un bello desnudo de mujer, de formas perfectas.

¡Pero el rostro tenía las facciones de Gina Forli!

Sheila lanzó un agudo chillido. Alguien se acercó a la mesa.

—Es inútil que grites —dijo el hombre—. Nadie te oirá...

Ella no hizo caso y chilló con más fuerza. Una mujer, con una larga boquilla sujeta con los dientes, al extremo de la cual había un cigarrillo humeante, se acercó a la prisionera.

—Me hacen daño esos gritos —dijo—. Hazla callar, Markus.

—Sí, baronesa.

Una cosa húmeda, que emitía un penetrante olor dulzón, cayó sobre la cara de Sheila. La joven se debatió, pero todo fue inútil; a los pocos momentos, se había sumido de nuevo en la inconsciencia.

—Esta vez no será necesario hacer falsas señales de colmillos —dijo Markus, mientras acercaba el bisturí a la yugular de Sheila.

—No, no será necesario —convino Ulrica fríamente.

CAPÍTULO VII

Como respuesta a sus llamadas, una mujer apareció en el umbral de la puerta.

Mallory se sorprendió al ver a la desconocida.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Magda Worlin, el ama de llaves de la baronesa —contestó ella—. Usted es el profesor Mallory, supongo.

—En efecto, pero yo no sabía que aquí hubiese...

—He estado ausente unos días, visitando a mi hija, que acaba de tener su tercer hijo —contestó Magda secamente—. ¿Puedo servirle en algo, profesor?

—Sí, señora Worlin. Tenga la bondad de anunciarme a la baronesa...

—Lo siento, la señorita Ulrica no se encuentra en condiciones de recibir visitas.

—Pero es urgente...

Magda terminó de cerrar la puerta y cruzó los brazos, con actitud significativa.

—Ya le he dicho lo que hay —cortó—. Le ruego no insista, profesor.

—Al menos, espero que en cuanto ella se encuentre mejor, usted tendrá la bondad de avisarme.

—No lo dude, profesor.

Mallory giró sobre sus talones y se dirigió a la biblioteca del castillo.

Lo primero que hizo fue sacar los planos y examinarlos con toda atención, tarea en la que empleó mucho tiempo. No había visto visiones, sino un cadáver. ¿Dónde había sido ocultado?

La tarea le abstraía de tal modo, que no se dio cuenta de que había alguien más en la biblioteca, hasta que oyó una voz femenina:

—¿Profesor?

Mallory se levantó en el acto. Delante de él había una hermosa joven, de irnos veintitrés o veinticuatro años, de pelo negro y tez ligeramente olivácea. Los ojos eran extrañamente verdes, muy atractivos.

—Soy Carmen de Lorenzo —se presentó ella.

—Ah, la amiga de Sheila —sonrió Mallory—. No la he visto todavía...

—Dudo mucho de que vuelva a verla, profesor. Ni yo tampoco la veré más.

Mallory respingó.

—Oiga, no irá a decirme que fue...

Carmen vestía blusa y pantalones. Metió la mano en uno de los bolsillos de los pantalones y sacó un papel, que entregó al joven.

—Alguien lo echó anoche por debajo de mi puerta —manifestó—. Supongo que sería Sheila, profesor.

Mallory tomó el papel, pero no hizo gestos de leerlo.

—¿Qué sabe usted de su amiga? —preguntó.

—La señora

O'Toole

me ha dicho que se marchó hoy, muy de madrugada, para hacer una prueba fotográfica en una de las más importantes revistas de Hamburgo. Yo no lo creo, profesor.

—¿Por qué, señorita de Lorenzo?

—Nancy miente —respondió Carmen con firme acento—. Por dos razones obvias: Sheila no se habría ido de aquí sin despedirse de mí, por intempestiva que fuese la hora. Y segunda razón: el papel que tiene usted en las manos.

—Un momento, enseguida lo leeré. Usted afirma ser íntima amiga de Sheila.

—La mejor amiga que tenía aquí, profesor.

—Entonces, ella le contó...

Carmen cerró los ojos un instante, a la vez que inspiraba con fuerza.

—Todo, absolutamente todo —respondió al cabo de un instante.

—Muy bien, en tal caso está igualmente enterada de la desaparición de Gina.

—Sí, profesor.

—Gina me entregó a mí una carta, para echarla al correo, sin que lo supieran Nancy ni el señor Plummer. ¿Acaso les censuran la correspondencia?

—Tenemos serias dudas sobre el particular; por eso Gina quería que su carta saliese de Homnitz sin que la leyese más que el interesado.

—¿Conoce usted el nombre de ese... «interesado»? —preguntó Mallory.

—Sólo puede ser una persona, el novio de Gina. Se llama Ferdy Manfred y vive en Munich.

—¿Cómo sabe usted que la carta iba dirigida a Ferdy?

—Gina nos habló de su novio en más de una ocasión. A Ferdy no le gustaba demasiado que Gina estuviese aquí y ella dijo que confiaba en que se trataría solamente de una estancia de cinco o seis semanas. Pero luego se arrepintió de haber venido y quiso salir. Entonces, Nancy le recordó su contrato.

—Ah, tienen ustedes firmado un contrato.

—Sí, por el tiempo de enseñanza y luego, un año más, colocadas en la agencia publicitaria que ellos nos designen.

—Agencia publicitaria, hum —dijo Mallory, desconfiado—. Quizá sea otra cosa peor.

—Eso es lo que yo sospecho, profesor. Hay mucha diferencia entre posar ligerita de ropa a ir a parar a algún sitio nada recomendable. No soy ninguna mojigata, pero hay cosas que no puedo admitir de ninguna forma.

—Comprendo. Así que usted supone que ella escribió a su novio, me refiero a Gina, claro.

—Sí, ella nos dijo, a Sheila y a mí, que Ferdy vendría aquí y la sacaría aunque fuese utilizando la fuerza. Pero si la carta no llegó a su destinatario...

—Y las otras chicas, ¿qué dicen?

—Son unas inconscientes. Yo he tratado de advertirlas de lo que nos puede pasar..., pero ha habido incluso quien me ha tratado de reaccionaria.

Mallory no pudo contener una sonrisa.

—Comprendo. Su futuro porvenir de estrellas de la publicidad y, quién sabe si más adelante de la pantalla, las tiene deslumbradas.

—Exactamente. Y lo que no acabo de entender es cómo una chica como la baronesa se ha podido prestar a este inicuo juego.

—¿Cree usted que Ulrica es cómplice de Nancy y de Plummer?

—¿No les ha prestado casi la mitad de este enorme castillo para que instalen aquí la academia? Oiga, pero si lo que enseñan esa pareja es de risa —se irritó Carmen repentinamente—. Un espantapájaros nos enseñaría más de la profesión de modelos que esos dos cuervos.

—Nancy es bastante guapa, a pesar de que ya tiene sus añitos.

—Sí, está bien conservada y tiene un tipo muy esbelto, pero en lo

que se refiere a enseñar a una chica a posar y a desenvolverse como modelo, tiene las mismas ideas que el astrólogo de Tuthankamen. El comentario era pintoresco en grado sumo y Mallory, a pesar de sus preocupaciones, no pudo por menos de reírse. Carmen, por el contrario, aparecía muy seria.

—Bien, pero ¿lee o no la nota que me dejó la pobre Sheila? —exclamó, impaciente.

—Sí, claro, ahora mismo.

Mallory desplegó el papel y leyó:

«Me desmayé. Fue una visión horrible, Carmen. Te echo esta nota por debajo de la puerta, para no hacer ruido. Después del desayuno hablaremos con más detenimiento, pero antes debes saber que el conductor del coche fúnebre... ¡era la propia muerte!».

* * *

Mallory estudió detenidamente el contenido del mensaje. Sheila le había parecido, pese a su juventud, sensata y ponderada. ¿Cómo era posible que hubiese escrito una nota que parecía un puro disparate?

—Ella se refería al cochero de la carroza fúnebre que llevó el ataúd del barón al cementerio del castillo —dijo Carmen.

—¿Lo vio usted?

—La cara, no, por supuesto; yo vi la carroza desde aquí arriba, es decir, desde las ventanas del comedor que dan al patio de armas. Había un tipo sentado en el pescante, pero el sombrero era muy grande y le cubría la cara por completo. Llevaba también una gran capa y eso no permitía captar apenas detalles. Por lo que se deduce, Sheila sí lo vio... y de ahí esa nota, profesor.

—¿Se movía el cochero?

—Estaba quieto, pero yo miré unos segundos nada más; no era un espectáculo agradable de contemplar. Además, era ya un poco tarde y me retiré a mi dormitorio. Profesor, ¿qué haremos si resulta cierto que Sheila ha sido asesinada?

Mallory pensó unos instantes en el cadáver de Gina, desaparecido

del féretro en que él y Sheila lo habían visto. Recordó también los comentarios con Adela Weggon referentes a los numerosos escondites de Homnitz y se sintió pesimista.

—Si ha muerto, es obvio que ya no podemos hacer nada —contestó—. Y denunciarlo a la policía, de nada nos serviría sin pruebas.

—¿Cómo? Tenemos pruebas; el cadáver de Gina está en el cementerio, profesor.

—Se equivoca usted, señorita de Lorenzo.

Carmen le miró llena de asombro.

—Estaba en el ataúd —protestó—. Sheila y usted vieron su cadáver.

—Pero cuando iban a colocar el féretro en la sepultura, la propia baronesa, a requerimiento del *burgmeister* de Kevroduz, abrió la tapa. En el interior no había sino una arquilla con las cenizas del barón.

La boca de la española se abrió desmesuradamente.

—¡Dios mío! Entonces, ¿dónde están los cadáveres? —exclamó.

—¿Quiere un consejo? —preguntó Mallory.

—Desde luego, profesor. Dígame lo que sea y lo haré todo puntualmente —respondió Carmen con vehemencia.

—No hable más de este asunto, no lo comente con sus compañeras; si Ulrica y sus cómplices saben que usted conoce la suerte de Gina, por lo menos, ya que aún no tenemos pruebas de que Sheila haya muerto, usted podría seguir el mismo camino, ¿me comprende?

Carmen se estremeció.

—Me va a resultar muy difícil disimular —dijo.

—No le queda otro remedio. Pórtese con toda naturalidad... y, por supuesto, abra bien los ojos y los oídos, pero no la boca. ¿Entendido?

—Sí, profesor: oír, ver y callar.

—Exactamente —sonrió Mallory—. Ande, váyase y procure no delatarse.

—Desde luego, pero ¿qué hará usted mientras tanto, profesor? —quiso saber la bella española.

El índice de Mallory señaló los planos extendidos sobre la mesa.

—Trato de buscar los posibles escondites de dos cadáveres —contestó significativamente.

—Celebro que se haya repuesto, baronesa —dijo Mallory.

Ulrica estaba arreglando un ramo de flores sobre un jarrón y se volvió al escuchar la voz del joven.

—Ya se me ha pasado, gracias —contestó.

—¿Puedo conocer su dolencia?

Ulrica arqueó las cejas.

—Un poco indiscreto, ¿no le parece? —respondió—. Pero se lo diré francamente: la cena no me sentó bien y me fui pronto a la cama.

—Ah, ya. En tal caso, se acostó después de llevar el féretro de su padre a la sepultura.

—No estuve presente en la ceremonia —dijo Ulrica—. Hans se encargó de ello, ayudado por el señor Plummer y por Markus. Ciertamente, lo sentí infinito, pero no me encontraba nada bien.

Mallory parpadeó.

¿Cómo podía mentir tan bien aquella hermosa joven?, se preguntó. Prefirió desviar la conversación, con objeto de evitar una discusión que podía tener un final desagradable.

—He estado estudiando a fondo los planos del castillo —dijo.

—¿Tiene interés por algún departamento en particular?

—En todo caso, el laboratorio secreto del séptimo barón Von Homnitz y la cámara donde guardaba los resultados de su labor de alquimista. Se dice que hay un cuarto entero atestado de lingotes de oro, procedentes de la transmutación del plomo.

Ulrica lanzó una risita burlona.

—Profesor, si yo hubiese encontrado ese oro, me hallaría ahora en una situación muy distinta —contestó.

—Probablemente, no habría tenido que alquilar la mitad del castillo a la academia de la señora

O'Toole.

—Lo ha acertado, profesor, pero ¿qué puede hacer una cuando no se posee más que lo indispensable para vivir?

—Trabajar —contestó él rotundamente.

Ulrica se revolvió casi con furia.

—¿Me toma por un parásito de bello rostro y cuerpo escultural? —exclamó—. ¿Es que se cree que no hago nada?

—Siento haberla molestado, baronesa, pero...

—Profesor, a veces es usted muy impertinente. ¿Quiere acompañarme, por favor?

Mallory se inclinó.

—Con mucho gusto, baronesa —respondió.

Ulrica echó a andar con paso fácil, y Mallory la siguió. Apenas habían llegado al corredor, se encontraron con Nancy O'Toole.

—Baronesa —saludó la mujer—. ¿Cómo está, profesor?

Mallory hizo una inclinación de cabera. Nancy continuó:

—Desearía hablar unos momentos con usted, baronesa.

—¿Ha de ser ahora mismo, señora

O'Toole?

—Si no tiene inconveniente...

—Yo me voy a la biblioteca —manifestó Mallory—. La veré más tarde, señorita Von Homnitz.

Ulrica no dijo nada. Mallory se volvió en el extremo del corredor.

Las dos mujeres habían desaparecido ya en la sala. Mallory frunció el ceño, disgustado, sin saber por qué, acaso por la inoportuna intromisión de Nancy.

Pero una cosa podía darse por cierta: en Homnitz había quien actuaba de un modo misterioso y con fines nada honestos. Muchas ideas se le ocurrieron a Mallory al respecto, pero en el fondo de todas ellas estaba la decepción que le causaba suponer implicada a la hermosa Ulrica en aquella serie de crímenes.

CAPÍTULO VIII

Los brazos de Adela Weggon poseían una cálida morbidez, que hacía su contacto sumamente agradable. Toda ella estaba envuelta en un aura de perfume que subyugaba y atraía al hombre de manera irresistible.

Pasado un buen rato, Adela sirvió dos copas. Miró a Mallory con la sonrisa en los labios. Los cabellos de la mujer pendían sueltos sobre su espalda.

—A decir verdad, la visita de esta noche ha resultado doblemente agradable, por lo inesperada —dijo.

—De modo que te he sorprendido.

—Puedes tenerlo por seguro. Pero... creo que no has venido solo por mí, Larry.

Mallory hizo un gesto de aquiescencia.

—Necesito que me ayudes, Adela —contestó.

—¿Qué puedo hacer yo, pobre de mí? Soy una simple mujer... que te echará mucho de menos cuando te vayas, porque soy lo suficientemente sensata para no esperar retenerte siempre junto a mí.

—¿De veras es eso lo que piensas?

—No serviría de nada hacerse ilusiones. Sé que soy atractiva y que gusto a los hombres. Naturalmente, no todos pueden alardear de haber sido recibidos por la noche en mi departamento privado.

—Entonces, ¿por qué me admites a mí?

Ella se encogió de hombros.

—Hay cosas que no se pueden explicar, Larry. Se hacen o no se hacen, y la simpatía o la antipatía tienen mucho que ver en estas acciones. Eso es todo, querido.

—Lo cual, para mí, resulta muy halagador. Gracias, Adela.

—No te preocupes —sonrió ella de nuevo—. Antes dijiste que no habías venido solo por mí. ¿Qué te sucede?

—Estoy preocupado —confesó él.

—Schaule habló conmigo. Dijo que tú habías acusado a Ulrica de asesinato. El cadáver debía de estar en el féretro de su padre, pero

no fue así. Larry, ¿no lo soñarías tal vez?

—Adela, había un testigo a mi lado, que vio también ese cadáver. Es más, gracias a ese testigo me enteré yo del asesinato.

—¿Quién era? —preguntó la posadera, curiosa.

—Una de las chicas de la academia de Nancy

O'Toole.

Era muy amiga de la muerta. Adela, yo no creo en los vampiros..., pero aquella pobre chica tenía en su cuello las señales de dos colmillos. Murió desangrada, ¿sabes?

Adela se estremeció.

—Ulrica, ella es el vampiro —dijo.

—No lo sé, acaso esas supuestas señales de colmillos son hechas solamente para despistar. Pero la muchacha que me hizo conocer el asesinato, ha desaparecido también.

—¿Estás seguro, Larry?

—Absolutamente. Nancy dice que se fue a Munich, pero otra amiga suya jura y perjura que no se habría marchado sin despedirse de ella. Hablando con sinceridad, temo que se haya producido otro crimen en el castillo.

—¿Y los cuerpos? ¿Dónde están?

—Ahí quería yo venir a parar, Adela. ¿En qué lugar del castillo podrían esconderse dos cadáveres?

Adela reflexionó unos momentos. Al cabo de ellos, respondió:

—Hace años, bastantes, oí hablar de un gran subterráneo que daba al despeñadero. Se supone que es allí donde el barón alquimista tenía su laboratorio. Naturalmente, si eso es cierto, la habitación secreta en la que guardaba su oro no puede estar muy lejos.

—He visto los planos, Adela; no hay la menor indicación de un gran subterráneo —alegó Mallory—. Hay otros subterráneos y aljibes en los que antiguamente se recogían las aguas de lluvia, y están perfectamente descritos en el plano. Pero no hay subterráneo en el lado del despeñadero.

—Yo te he mencionado lo que escuché comentar hace años. Si es cierto o no, no te lo puedo asegurar. Es todo cuanto puedo decirte, Larry.

Se escuchó, de pronto, el ruido de un motor en la estancia. Mallory, curioso, se acercó a una de las ventanas y miró cautelosamente a través de los visillos.

Una furgoneta de buen tamaño pasó por delante de la posada. En los costados tenía pintado el rótulo de un mercado de comestibles de Munich. Con todas las luces encendidas, el vehículo desfiló a buena velocidad y se perdió en dirección a la salida del valle.

—Viene de cuando en cuando al castillo —dijo Adela, situada junto al joven.

—¿Es que Ulrica no compra los comestibles en Kevroduz? —se extrañó él.

Adela hizo un gesto de indiferencia.

—Yo soy solamente posadera, no tendera —contestó. Y, de repente, se colgó del cuello de su huésped—. ¿Por qué no nos ocupamos un ratito de nosotros mismos? —sugirió.

Mallory se inclinó para besarla.

—La proposición se acepta sin objeciones —contestó.

* * *

Los prismáticos eran solamente de seis aumentos, pero su potencia resultaba suficiente para el objetivo deseado por Mallory.

Desde el fondo del despeñadero, junto al río, Mallory observaba con los binoculares la impresionante mole del castillo. Había casi cien metros de caída en vertical y luego una aguda pendiente, de roca viva en su mayoría, que terminaba en la pequeña llanura cubierta de árboles, situada junto al río.

Mallory recorría con la vista, palmo a palmo, la fachada del castillo. En alguna parte, se decía, estaba el subterráneo secreto. Desde allí podía ver ventanas correspondientes a tres plantas del edificio, cuya pared se apoyaba directamente en el borde del cerro.

En aquel lado no había muralla; el mismo despeñadero había protegido al castillo de los ataques de sus asaltantes. Pero de la primera planta a la base del muro había bastante distancia.

—Demasiada —murmuró para sí.

¿Era de aquel lugar de donde se había despeñado la pobre Ilse Kranz?

También ella buscaba el oro del séptimo barón. Lo único que había encontrado era un hueco en una fría tumba.

En la parte más elevada de aquel punto, había un par de chimeneas. El tejado del castillo era inclinado y su borde estaba rematado por

una serie de falsas almenas. Las chimeneas estaban situadas casi en la arista del tejado de pizarra; un aditamento muy posterior a la fecha en que fue construida la fortaleza.

Le pareció ver que salía humo de una de las chimeneas, un gas gris, casi transparente. Resultaba extraño, porque las cocinas no se hallaban en aquel lado y el tiempo era demasiado bueno para encender fuego en algún hogar.

Unos pasos sonaron de pronto en sus inmediaciones. Mallory bajó los prismáticos y se volvió.

Ulrica se acercaba al lugar en que se encontraba, portadora de una gran carpeta y un taburete plegable. La joven vestía un sencillo jersey rojo y pantalones negros. Detrás de su cabeza llevaba un enorme lazo rojo, que le confería un singular atractivo.

Ulrica pasó por delante de él, limitándose a saludarle con una breve inclinación de cabeza. Mallory la contempló casi con estupefacción y pudo ver que, pocos pasos más adelante, ella desplegaba el taburete y, tras sentarse, abría la carpeta que llevaba en las manos. Sacó lápices y empezó a dibujar el paisaje sin pérdida de tiempo.

La curiosidad pudo más que todo. Mallory se acercó a la joven y, durante un buen rato, observó su trabajo.

Ulrica tenía el trazo firme y seguro, y sabía captar acertadamente el paisaje.

—¿Le gusta, profesor? —preguntó ella de repente.

—Me gusta y me admira. Es usted una excelente dibujante, baronesa.

—Ya le dije que no era un parásito y que trabajaba para ganarme la vida. Estos dibujos no son sino bocetos de los trabajos que hago en mi estudio, sanguinas principalmente. Hay una galería de arte en Munich que me los compra y no los paga mal. A la gente, pese a todo lo que se diga del arte moderno, le gusta tener en casa un dibujo de corte clásico, sobre todo, si es original. Además, también dibujo para una revista ilustrada, de la que soy colaboradora habitual.

—Debo reconocer mi error, baronesa —admitió Mallory—. Pero...

—No siga, no son necesarias más disculpas —dijo Ulrica, sin dejar de trabajar—. ¿Cómo van sus investigaciones?

—No se puede decir que adelante mucho; todavía no he encontrado el subterráneo secreto donde el séptimo barón Von Homnitz tenía

su laboratorio de alquimista.

* * *

El lápiz de Ulrica se movió en silencio durante unos momentos.

—De modo que sigue creyendo en las viejas historias —dijo ella al cabo.

—No hay leyenda que no tenga un fundamento con mayor o menor base —contestó él—. Claro que luego se recibe una decepción al conocer el auténtico origen de la leyenda, pero lo que sí parecen ciertas son las aficiones del séptimo barón por la alquimia y la astrología. Teniendo en cuenta la época en que vivió, es de suponer que no quisiera que su laboratorio estuviese situado en un lugar fácilmente accesible.

—No hay duda de que mi antepasado fue aficionado a la alquimia —declaró Ulrica—. Las dudas, como puede comprender, estriban en los detalles, el laboratorio secreto, la habitación llena de oro... Eso es lo que yo no acabo de creer, profesor.

—De todas formas, sería interesante encontrar esos subterráneos secretos, ¿no le parece?

—Quizá —dijo ella con indiferencia—. ¿Incluiría usted el hallazgo en su tesis?

—Posiblemente, pero antes hay muchas cosas oscuras que es preciso esclarecer.

—Ah, ya, el crimen —sonrió Ulrica—. ¿Sigue creyendo que en el castillo se cometen asesinatos?

—Dos, por lo menos, son seguros, suponiendo que la muerte de Ilse Kranz no sea debida también a un hecho intencional.

—Siga, siga investigando, profesor; los resultados de su labor serán, no cabe duda, fascinantes.

—Usted se burla de mí. Lo lamentará cuando yo demuestre la verdad de cuanto digo/

—Y ello motivará una gran publicidad para Homnitz, lo que se traducirá en una notable afluencia de turistas. Gracias, profesor.

Mallory no se inmutó por el tono irónico de la joven. De pronto, dijo:

—Hay una cosa que me ha extrañado, baronesa. ¿Tan malos son los artículos de la tienda de comestibles de Kevroduz, que necesita

encargar usted los víveres a Munich?

—Ah, usted se refiere a esa furgoneta que viene al castillo de cuando en cuando. Lo que trae son alimentos dietéticos, especiales para la alimentación de las chicas de Nancy

O'Toole.

Los víveres de Kevroduz no tienen el menor defecto..., salvo su precio, pero eso pasa hoy en todo el mundo.

—Comprendo. Baronesa, ¿qué me dice usted de esa chimenea que está humeando ahora en el castillo?

Ulrica alzó la cabeza, vivamente sorprendida.

—No es posible —exclamó.

Mallory le pasó los prismáticos.

—Admito que se contradigan mis opiniones, pero no que se nieguen los hechos de los cuales soy testigo —dijo fríamente.

Ulrica contempló la parte alta del castillo a través de los prismáticos. Al cabo de unos segundos, contestó:

—Resulta incomprensible, desde luego. Tendré que investigar...

—¿Le importaría comunicarme el resultado de sus investigaciones, baronesa? —preguntó Mallory.

—Se lo haré saber apenas tenga noticias ciertas sobre el particular

—respondió ella.

CAPÍTULO IX

Llamaron a la puerta. Mallory estaba sentado en un cómodo butacón, leyendo un libro que había tomado de la biblioteca. Se quitó los lentes y se incorporó.

Al abrir la puerta, se encontró ante Hans.

—La señorita le llama, profesor —dijo el mayordomo.

Mallory procuró ocultar la repulsión que le producía Hans. Para el Quasimodo de *Nuestra Señora de París*, habría resultado el intérprete ideal.

—Muy bien, vamos allá.

Hans caminó delante de él. De pronto, se oyó ruido de motor en el patio.

—Ah —exclamó Hans—, ya ha llegado el combustible.

—¿Combustible? —se extrañó Mallory.

—Sí, claro, para el motor que Acciona la dinamo, que nos proporciona luz. Estábamos ya con el último barril de *fuel* y, de no haber llegado hoy al suministro, mañana habríamos tenido que emplear velas.

—Usted se cuida del generador, supongo.

—Sí, profesor. En tiempos fui el mecánico personal del difunto barón y la señorita me concedió luego este empleo. Soy sólo en el mundo y... Pero dispénsame, profesor; tengo que revisar el trasvase del combustible.

Aquella es la puerta de las habitaciones de la señorita Ulrica.

—Ya lo sabía, gracias, Hans.

—A usted, profesor.

Los dos hombres se separaron. Hans emprendió el descenso hacia el gran vestíbulo.

Mallory se quedó irnos instantes allí. Vio a Hans que salía al patio y casi en el acto escuchó su colérica voz y los pintorescos apostrofes que dirigía a los ocupantes del vehículo. Al cabo de unos instantes, continuó su camino.

Ulrica en persona abrió la puerta de su habitación momentos después.

—Entre, profesor —dijo—; tengo algo importante que comunicarle. Mallory cruzó el umbral. Ulrica cerró en el acto.

—He estado mirando por todas partes —dijo—. Ninguna de las chimeneas del castillo ha sido encendida hoy.

Hubo un momento de silencio.

—Tal vez la encendieron, luego la apagaron y más tarde borraron los rastros de fuego —opinó Mallory, pasados unos segundos.

—Se notaría calor en las piedras del hogar y en las de la pared del fondo de la chimenea —arguyó ella—. Y todas, absolutamente todas, estaban frías. Aunque se limpie una chimenea en la que ha habido fuego, su suelo conserva el calor durante largo rato. Al cabo de varias horas, las piedras del hogar están tibias aún..., y yo no he encontrado ninguna en esas condiciones.

—Un momento —exclamó Mallory—. Hans me habló ahora del generador de *fuel* para mover la dinamo que produce la electricidad necesaria en el castillo. Si ese generador está en un sótano, sus gases deberán ser expulsados...

—El generador del castillo está en el lado opuesto, profesor.

—Entonces, aquella chimenea...

Ulrica hizo un movimiento de duda.

—No lo sé, no me siento capaz de darle una respuesta —contestó.

—Bien, en tal caso, no queda más que una solución.

Ella le miró inquisitivamente.

—Hay que subir a lo alto del tejado y averiguar lo que se pueda de esa chimenea —agregó Mallory—. No hace falta que venga usted; me conformo, solamente, con que me indique el camino.

—Me siento tan interesada como usted —declaró Ulrica—. Iremos los dos juntos.

* * *

Una angosta escalera de madera conducía del abandonado desván a una claraboya que permitía el acceso al tejado. Mallory sacó medio cuerpo por el hueco y contempló la chimenea, a unos pasos por debajo de él, casi en el centro de la pendiente del tejado de pizarra. El viento de la noche le azotó el rostro. Lentamente, con gran cuidado, debido a la inclinación del tejado, empezó a descender hacia la chimenea.

Ulrica le siguió, con gran asombro por su parte. Los pantalones que vestía le proporcionaban gran facilidad de movimientos. Las dos chimeneas estaban relativamente juntas, sobresaliendo sus bocas del mismo bloque.

—Era la de la izquierda la que echaba humo —dijo él.

—Mirando desde abajo, claro —puntualizó Ulrica.

Mallory se inclinó hacia el hueco. Un extraño olor, aunque muy tenue, llegó a su pituitaria.

—¡Qué raro! —murmuró—. Este olor...

Ulrica aspiró el aire.

—*Fuel* —dijo en el acto.

—Pero usted dijo antes que la chimenea de la habitación del generador está en el otro lado —exclamó Mallory, lleno de asombro.

—Claro que lo dije, pero este débil olor, insisto, es el de *fuel* quemado.

Mallory hizo una nueva prueba.

—No hay duda —concordó—. Pero ¿quién quema combustible en el castillo, además de ustedes?

Ulrica hizo de repente un gesto con la mano.

—Calle —indicó—. Escuche, abajo suenan voces.

Mallory volvió a inclinarse. Voces humanas llegaron a sus oídos, procedentes de un lugar situado en las profundidades del castillo.

—La carga ha llegado bien, pero exigen mayor precisión en las reproducciones —dijo alguien con áspera entonación.

—Nosotros también tenemos algo que exigir —contestó Plummer con no menor furia que su interlocutor—. Díselo tú, Nancy.

—Más dinero —habló la mujer.

—Cobráis demasiado...

—Entonces, romperemos el trato y haremos el negocio por nuestra cuenta.

—Está bien, está bien —dijo el desconocido—. Lo comunicaré así, pero algunas de las últimas reproducciones tenían defectos visibles por el más torpe. Las he traído para rehacerlas de nuevo.

—La culpa no es totalmente nuestra; los medios que tenemos son insuficientes —protestó Nancy.

—Sólo se necesita un poco de cuidado y vosotros sólo lo ponéis para pedir más dinero.

—Fritz, te estás ganando un buen puñetazo en la nariz —gruñó Plummer de mal talante.

Fritz se echó a reír.

—¿Tú? ¿Pegarme a mí? Vamos, hombre, no me hagas reír. Atrévete, si te sientes tan... hombre.

—Basta ya —cortó Nancy—. Tendremos cuidado, pero no olvides nuestra petición. A fin de cuentas, somos nosotros quienes corremos con los riesgos.

—Está bien, así lo diré... Las estatuas me gustan mucho —dijo el desconocido Fritz de repente.

—¿Quieres llevarte una? —preguntó Nancy burlonamente.

—No, gracias, son demasiado pesadas. Bueno, me marcho y...

De súbito, alguien agarró a Mallory por un hombro y, tras hacerle girar en redondo, le asestó un fortísimo puñetazo que lo hizo caer hacia atrás.

* * *

Mallory braceó desesperadamente, mientras se inclinaba sin poder remediarlo. Cayó sobre el tejado y, debido a su pendiente, empezó a rodar hacia el borde almenado.

Ulrica chilló de pánico. El atacante quiso lanzarse sobre ella, pero la joven reaccionó con singular presteza y escapó hacia la claraboya.

El hombre corrió tras ella, estiró un brazo y la agarró por un tobillo, pero Ulrica, desesperada, le pateó la cara con el pie libre.

Se oyó un rugido de dolor. Ulrica quedó libre, lo que aprovechó para saltar a través de la claraboya, mientras su atacante rodaba por el tejado, hasta quedar detenido por el cuerpo de las dos chimeneas. Era un hombre ágil y fuerte y se levantó en el acto, mirando desconcertadamente a ambos lados. De pronto, vio a Mallory tendido en el suelo, junto al borde almenado del muro.

Markus Potai se dejó resbalar por el tejado y llegó junto a Mallory. Se inclinó sobre él y lo agarró por debajo de los sobacos, con ánimo de lanzarlo al vacío.

Ulrica presenció la escena, con medio cuerpo fuera de la claraboya. El terror atenazaba su cuerpo y le resultaba imposible moverse.

Pero Potai se llevó un chasco. Mallory no había perdido el conocimiento.

Unos dedos agarraron de repente su nariz y tiraron con fuerza. Potai lanzó un agudo chillido.

Mallory le metió el pulgar izquierdo en uno de sus ojos. Potai, ciego por el dolor, lo soltó, tambaleándose unos instantes.

Era hombre fuerte, sin embargo, y se recuperó en el acto, para arrojarle contra Mallory. En el último instante, Mallory se agachó y metió el cuerpo debajo del de su adversario.

Inmediatamente, se levantó, alzando en vilo a Potai.

El sujeto perdió todo punto de apoyo y perneó frenéticamente en el aire.

El gesto de Mallory no concluyó ahí, sino que fue completado con el lanzamiento de Potai a sus espaldas. Pero Mallory estaba un poco desorientado y por ello no se dio cuenta de que sólo había el vacío tras él.

Potai lanzó un horroroso alarido al sentirse volar por los aires. Mallory, sobresaltado, se volvió y hubo de agarrarse con fuerza a un saliente almenado para no caer también.

La noche se tragó el cuerpo de Potai. Momentos después y aunque débilmente, se oyeron una serie de siniestros golpes, que cesaron bien pronto.

* * *

El viento secó el sudor que inundaba la frente de Mallory. Desde la claraboya llegó la ansiosa voz de la joven:

—Profesor...

—Estoy bien —contestó él—. No grite, ahora mismo me reuniré con usted.

Ascendió a gatas y pronto estuvo en el desván. La linterna eléctrica que habían llevado iluminó dos rostros, demudado el de Ulrica y todavía alterado el de Mallory.

—Era Potai, lo reconocí muy bien —dijo la joven momentos después.

—Sí, yo también pude verle la cara.

—Quiso asesinarnos a los dos. ¿Se dio cuenta, profesor?

—No me lo recuerde. Todavía tengo los pelos de punta... Pero lo que ha sucedido me sugiere una idea: a usted, por lo menos, la vigilan constantemente.

—Es indudable —concordó Ulrica—. Pero ¿por qué?

—Baronesa, la academia de Nancy no es más que una tapadera que encubre un negocio que no tiene nada de honesto —dijo Mallory—. No se puede afirmar, sin embargo, que no trabajen con las chicas ni las enseñen mejor o peor lo que necesitan en su profesión, a pesar de las dudas de una de ellas, pero, repito, la tal academia encubre algo muy sucio.

—Hablaban de reproducciones... ¿Falsificaciones de cuadros?

—Quizá, pero hay otra cosa que me ha chocado bastante. ¿Qué son esas dos estatuas que mencionó el visitante?

Ulrica hizo un gesto negativo.

—No tengo la menor idea —contestó—, aunque estimo que valdría la pena averiguarlo.

—Las voces llegaban desde gran profundidad, comunicadas por el hueco de la chimenea. Estaban en lo más hondo del castillo... y usted lo conoce bien, es de suponer.

—Tendré que pensar mucho —contestó ella—. De momento, sin embargo, no se me ocurre dónde pueda hallarse esa habitación.

—¿Conoce al visitante? Se llama Fritz...

—Un nombre demasiado común en el país, ¿no cree?

—Es cierto. Sin saber el apellido, es imposible establecer su identidad.

—Hablaré con la profesora

O'Toole

—dijo ella con vehemencia.

Mallory hizo un gesto negativo.

—No diga nada —aconsejó—. Deles cuerda, es lo mejor por ahora. Si mencionase lo que ha oído, resultaría altamente comprometedor. Es mejor que crean que seguimos en la ignorancia de lo que pasa, lo que, por otra parte puede decirse es casi totalmente cierto.

—Pero cuando noten la falta de Markus...

—Se ha caído por el despeñadero. ¿Quién nos culpará de lo sucedido? Ellos, no; por supuesto, son los más interesados en guardar silencio. Pero tarde o temprano acabarán por delatarse. Usted investigará por su lado y yo lo haré por otra parte. Pero siempre con la máxima discreción, ¿me ha comprendido?

—Sí, profesor.

CAPÍTULO X

—El visitante se llamaba Fritz Münchering —dijo Carmen.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mallory.

—Se lo he oído en una conversación a Nancy. Ella hablaba con Plummer, por supuesto.

—¿Han dicho algo de la muerte de Markus?

—Parecen muy afectados por el suceso, aunque no es dolor precisamente lo que sienten.

—Desconcierto y temor.

—Sí, eso es lo que pienso yo —admitió Carmen—. ¿Ha conseguido usted algo, profesor?

Mallory suspiró.

—No gran cosa —respondió.

—Me pregunto cómo se pudo despeñar Markus —dijo ella, muy pensativa.

—No tengo la menor idea —mintió—. Tal vez se asomó demasiado a una de las ventanas y se venció involuntariamente hacia el abismo.

—Es posible —convino ella.

—¿Puedo encargarle una cosa, Carmen?

—Sí, profesor, dígame lo que sea.

—En primer lugar, debe tener en cuenta que ha de portarse con absoluta discreción. Un paso en falso podría costarle muy caro, ¿comprende?

—Desde luego. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Vigile a esa pareja, no durante el día, claro; entonces, su comportamiento es normal. Debe hacerlo por la noche, cuando se retiran a sus aposentos. A esas horas, si no a diario, sí con gran frecuencia, salen y se dirigen a alguna parte, ¿entiende?

—Sí, profesor.

—Y, en cuanto sepa algo, no deje de comunicármelo, Carmen.

—Así lo haré, se lo prometo.

Los ojos de la española se fijaron en los planos.

—¿Aún no ha conseguido nada? —preguntó.

—Todavía no —contestó él, decepcionado.

—Insista —sonrió Carmen—. Acabará por encontrar el sitio donde esos asesinos escondieron los cuerpos de mis dos amigas.

Carmen se marchó. Una vez más, Mallory se sumió en el estudio de los planos. De repente, se le ocurrió una idea.

—¿Cómo no habré pensado antes en ello? —se reprochó a sí mismo. Y se dispuso a salir, pero, en el mismo momento, se abrió la puerta y entró Ulrica.

* * *

—Todo parece normal —dijo la joven.

—Tienen que hacer una vida normal, les conviene. ¿Qué opinión tiene usted de Hans, baronesa? —preguntó Mallory de sopetón.

Ulrica pareció sorprenderse.

—¿Hans? Es leal a toda prueba —contestó.

—El me dijo que había sido el mecánico personal de su padre de usted.

—Es cierto. Estuvieron juntos en la guerra. Hans resultó horriblemente herido cuando los rusos destruyeron su tanque, pero consiguió salvarse.

—Ah, eso justifica sus cicatrices.

—Sí, pero se puede confiar ciegamente en él, insisto.

—Muy bien, en tal caso, dígame que vigile por las noches. Usted ya sabe a qué me refiero.

—Se lo diré. ¿Algo más, profesor?

—Dos cosas. ¿Conoce usted el apellido Münchering?

—Me suena. Quizá Hans sepa algo al respecto.

—Bien, ya me dirá lo que averigüe. Ahora, ¿qué me dice de la familia de Ilse Kranz?

—¿Por qué me lo pregunta? —se extrañó Ulrica.

—Es algo en lo que debí haber pensado desde un principio. Ilse buscaba el oro escondido en el castillo.

—Sí, eso se dice, pero...

—Pero de alguna forma llegó a su conocimiento el escondite. A nadie se le ha ocurrido preguntar a sus familiares, ¿verdad?

—Cierto —exclamó Ulrica—. Claro que todos pensábamos que podían ser fantasías de la pobre Ilse.

—En este asunto hay menos fantasía de lo que se cree —dijo Mallory convencido de sus palabras—. ¿Cree usted que la familia de Ilse accedería a recibirme si usted intercediera en mi favor?

—Creo que sí. ¿Cuándo piensa ir a visitarlos?

—Ahora mismo, si es posible.

—Iré con usted...

—No, saldremos del castillo separados. No conviene despertar sospechas.

—Entiendo. Espéreme en la posada dentro de media hora, profesor.

—Allí estaré, baronesa.

—¿Por qué no me llama Ulrica? ¿No le parece que el tratamiento que emplea es demasiado protocolario? Mallory sonrió.

—De acuerdo, Ulrica.

* * *

—Es posible que sea una buena idea, en efecto —convino Adela—. Lo que sí es cierto es que Ilse fue siempre una chica muy fantasiosa. No sé cómo podía vivir en Kevroduz, sobre todo, después de haber pasado una temporada en Munich.

—¿Trabajó allí?

—Estuvo dos años, aunque ignoro en qué se empleó. Luego volvió a casa y a las pocas semanas fue cuando se despeñó.

La silueta de Ulrica se dibujó de pronto en el umbral de la puerta de la posada. Mallory se separó del mostrador, tras el cual se hallaba Adela.

—Dispénsame —se despidió de ella.

Instantes después, caminaba junto a Ulrica por la calle Mayor de Kevroduz. Ulrica parecía muy seria.

—¿Le gusta Adela? —preguntó de repente.

—Es una mujer muy hermosa —contestó evasivamente.

Ya anocheecía. Ulrica ya no mencionó más el tema de la posadera. A Mallory le pareció que se sentía un tanto molesta por la actitud de cierta intimidad en que se hallaban al llegar a la posada.

La joven se detuvo de pronto frente a una casa de buen aspecto. Llamó a la puerta y una mujer de mediana edad apareció a los pocos momentos en el umbral.

—Oh, señorita Ulrica, cuánto celebro verla —dijo la señora Kranz

—. ¿No quiere pasar?

—Se lo agradezco mucho, Minna —contestó la joven—. Permítame que le presente al *herr* profesor Mallory. Larry, la señora Kranz, madre de la pobre Ilse.

—Señora, permítame expresarle mis condolencias por un suceso tan infortunado. No estaba aquí cuando se produjo el accidente, pero ello no obsta para que me sienta muy apenado por la muerte de su hija.

—Gracias, profesor..., pero entren, por favor. Mi marido está ausente y tardará todavía un rato en volver.

La casa era pequeña, pero limpia y decorada con el estilo típico de la región. El ambiente agradó enormemente a Mallory.

Minna Kranz les sirvió dos copitas de aguardiente de guindas, muy fuerte, pero de un sabor y aroma realmente deliciosos. Después de tomar unos sorbos, Ulrica dijo:

—Minna, sentimos molestarla mucho, pero al profesor le gustaría hacerle a usted algunas preguntas relacionadas con el accidente que le causó la muerte a su hija.

—No hay inconveniente —contestó la señora Kranz, con expresión de tristeza—. Ya nos vamos resignando a la pérdida de Ilse..., aunque por fortuna, nos quedan dos hijas más, si bien no viven en Kevroduz. Pero ¿de qué se trata, profesor?

—Ilse buscaba el supuesto escondite del oro que hay en el castillo. ¿Le dijo a usted algo sobre el particular, señora Kranz?

—Nunca fue muy explícita sobre ese asunto —dijo Minna—. Sin embargo, sé que tenía papeles en su habitación y los estudiaba con gran frecuencia. A veces, incluso, se pasaba horas enteras encerrada en su cuarto.

Mallory y Ulrica intercambiaron una mirada. Ulrica solicitó:

—¿Podría enseñarnos esos papeles, Minna?

—Sí, ahora mismo, por supuesto. Nadie los ha tocado del lugar en que se encontraban...

La casa era de dos plantas y una escalera de peldaños de oscuro roble comunicaba la inferior con la superior. Minna ascendió al primer piso, mientras los dos jóvenes aguardaban impacientes en la sala.

De repente, se oyó un agudo chillido en el piso superior:

—¡Socorro, al ladrón! ¡Ladrones, ladrones...!

Mallory se puso en pie y se lanzó instantáneamente escaleras arriba. Ulrica le siguió sin vacilar.

El joven llegó arriba instantes después. Vio una puerta abierta, oyó ruido de lucha y entró sin vacilar en la habitación.

En el mismo momento, Minna recibía un fuerte golpe. La mujer resultó derribada y cayó sobre Mallory, quien hubo de realizar heroicos esfuerzos para conservar el equilibrio.

Mientras, el intruso, cuyo rostro no pudo ver Mallory, aprovechó para correr hasta la ventana y saltar a través del hueco. Mallory pudo enderezarse al fin y soltó a Minna.

—Atiéndala, Ulrica —gritó, a la vez que corría hacia la ventana.

La parte posterior de la casa daba al campo. Mallory divisó la silueta de un hombre que se alejaba a toda velocidad, perdiéndose a los pocos instantes en los bosques que rodeaban la aldea.

Era imposible soñar en la persecución de un individuo, al que le sobraban sitios para esconderse. Despechado, se volvió hacia el interior, en donde apreció un desorden más que considerable.

Ulrica trataba de consolar a Minna, muy afectada por el suceso. Mallory se imaginó en el acto las causas de la presencia del ladrón en la casa de los Kranz.

De pronto, divisó una fotografía tirada en el suelo. Era evidente que el ladrón la había perdido en su precipitada huida.

Había dos personas retratadas: una de ellas era una hermosa joven, de largos cabellos rubios, cuya cintura estaba enlazada por el brazo de un individuo de unos treinta años, muy apuesto.

Mallory enseñó la fotografía a la señora Kranz.

—¿Lo conoce a él? —preguntó.

—En persona, no —respondió la mujer—, aunque sí sé su nombre. Hubo un tiempo en que Ilse creía que Fritz Münchering la pediría como esposa, pero el noviazgo fracasó.

—Münchering —repitió Mallory—. ¿Sería ése el ladrón?

—No lo sé —dijo Minna—, pero de lo que sí estoy segura es que se ha llevado todos los papeles de la pobre Ilse. Estaban en ese cajón —lo señaló.

Mallory y Ulrica miraron instintivamente hacia el punto que indicaba la señora Kranz. El cajón vacío y caído en el suelo les indicó sobradamente el objetivo de la estancia de Münchering en la casa.

CAPÍTULO XI

—Para mí, la deducción es obvia. Ilse conocía el lugar del escondite —dijo Mallory, mientras regresaban al castillo.

—¿Usted cree? —preguntó Ulrica, no muy convencida todavía.

—Insisto en ello. Ahora bien, no era un conocimiento total y detallado. Murió sin poder concretar algunos puntos que aún le resultaban oscuros.

—¿Por ejemplo?

—Una más cómoda entrada al subterráneo secreto. Si esa entrada está dentro del castillo, no tiene objeto arriesgarse caminando por la comisa exterior.

—Eso es cierto, pero ¿cómo llegó ella al conocimiento de la existencia del subterráneo?

—La clave es Münchering, su novio.

—Ha desaparecido, Larry.

—Su castillo es muy grande. Una vez comenté con alguien que se podrían esconder allí cien cadáveres, sin que jamás fuesen encontrados.

Ulrica se quedó muy pensativa.

—Me suena el apellido Münchering, pero no acabo de localizarlo —dijo.

—Pregúntele a Hans; quizá él resuelva ese problema.

—Sí, es una buena idea. Pare, por favor, Larry.

—¿Por qué? —se sorprendió el joven.

—No es conveniente que nos vean regresar juntos...

—Münchering sabe que fuimos a ver a la señora Kranz. Tarde o temprano, se lo comunicará a sus cómplices.

—Sí, tiene razón —convino Ulrica.

Momentos después, entraban en el castillo. Hans salió a recibirles.

—No ha ocurrido nada —informó.

—Gracias, Hans. Deseo hacerle una pregunta —manifestó Ulrica.

—Sí, señorita.

—¿Ha oído usted alguna vez el apellido Münchering?

Hans pareció sorprenderse vivamente al escuchar aquellas palabras.

—¡Münchering! —repitió.

—Exactamente, Hans —corroboró Mallory.

—Había un oficial en el Estado Mayor de la brigada que mandaba el señor barón. Era el capitán Münchering, gran amigo del señor barón, a pesar de la diferencia de grado entre ambos.

—Ahora lo recuerdo —exclamó Ulrica—. Walter Münchering estuvo en el castillo en más de una ocasión, pero yo era muy pequeña entonces. Mi padre y él solían salir de cacería...

—Lo que significa que el capitán Münchering es el padre de Fritz —dijo Mallory.

—Justamente. Y de ahí es donde Fritz obtuvo los detalles relativos a la leyenda del subterráneo secreto.

Mallory se volvió hacia el mayordomo.

—Hans, ¿puedo pedirle un favor? —consultó.

—Estoy a las órdenes del *herr* profesor —contestó.

—Gracias, se lo tendré en cuenta —sonrió Mallory—. Es muy probable que Münchering esté merodeando por los campos, en espera de volver al castillo sin ser visto. ¿Querrá quedarse a vigilar su vuelta?

—Sí, señor.

—Un consejo, Hans: no le haga nada. Déjele actuar..., es decir, si lo ve. Limítese a observar sus movimientos, ¿comprende?

Hans asintió.

—Lo haré como usted me lo ordena, *herr* profesor —aseguró, muy serio.

Mallory agarró a Ulrica por el brazo y se la llevó adentro.

—A pesar de todo —dijo—, hay un problema que todavía no considero resuelto.

—¿Cuál es? —preguntó ella.

—El cadáver de Gina. Yo lo vi, estoy plenamente convencido de ello, en el féretro de su padre. ¿Por qué no estaba en el momento de llevar ese féretro a la sepultura?

—No tengo la menor idea...

—Y, dígame, ¿por qué usted, habiendo asistido al traslado del féretro a la tumba, niega haber estado presente en esa ceremonia?

—Yo no estuve presente, Larry, se lo aseguro —contestó Ulrica firmemente—. Aquella noche me sentí indispuesta apenas cenar y me fui a la cama inmediatamente.

—Resulta difícil de creer —aseguró él—. Además, otra vez la vi hablando con Plummer...

—Larry, ¿está seguro de lo que dice?

—Absolutamente, Ulrica.

—¿Está seguro —insistió ella—, de que fui yo la que estovo presente en el momento de bajar el féretro a la sepultura? ¿No pudo confundirse?

—Resulta difícil creer una cosa semejante, después de haber hablado con usted, Ulrica. Y, recuerde, no le gustó nada mi intromisión ni la presencia del *burgmeister* Schaule. Podría albergar dudas si solamente la hubiera visto de lejos, pero no cuando estuvimos hablando tan cerca como lo estamos ahora y en presencia, además, de otras personas. ¿Dudaría usted de las afirmaciones de Schaule?

Ella se quedó silenciosa durante unos instantes.

—No sé cómo puede decir una cosa semejante —habló al cabo—. Le aseguro que al sentirme indispuesta, me fui a la cama y me quedé dormida a los pocos minutos. Estuve durmiendo toda la noche de un tirón y por la mañana aún me duraba el malestar. Eso es todo cuanto puedo decirle, Larry.

—Resulta verdaderamente extraño —dijo Mallory, con acento de preocupación—. Me siento inclinada a creerla, pero... afirmo, una vez más, que aquella noche no hablé yo con su fantasma.

Ulrica también se sintió preocupada. El acento de Mallory era de total sinceridad.

—Larry, para este problema no hay más que una solución —exclamó.

—Dígala, Ulrica —pidió él ansiosamente.

—Alguien ha tomado mi puesto, me ha suplantado, en una palabra; es todo cuanto se me ocurre —contestó la joven con rotundo acento.

* * *

El hombre se deslizaba sigilosamente en la oscuridad. Llegó al pie de uno de los muros del castillo y, elevando la cabeza, emitió un tenue silbido que repitió varias veces.

Una ventana se abrió en la segunda planta de aquel sector de la

fachada. El interior de la estancia se hallaba a oscuras.

—¿Fritz? —dijo la voz chillona de Plummer.

—Sí, el mismo. Vamos, échame la escala, pronto.

—Aguarda un momento, ahora mismo voy.

Münchering parecía nervioso, observó Hans, agazapado tras unos matorrales. El hombre miraba continuamente a derecha e izquierda y se palpaba el lado izquierdo de la chaqueta sin cesar.

Hans se sentía tentado de intervenir, pero recordaba las tajantes órdenes que había recibido. Se preguntó qué llevaría Münchering dentro de su chaqueta; debía de ser algo muy importante, sin duda.

Algo cayó del segundo piso. Münchering se agarró a los primeros peldaños de la escalera de cuerda y empezó a trepar.

Hans no quiso aguardar a más; dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta del castillo. La baronesa debía saber inmediatamente que el hijo del capitán Münchering, el viejo y buen amigo del difunto barón, entraba en el castillo como si fuese un ladrón.

Mientras Hans corría a avisar a la joven, Münchering saltaba al interior de la estancia donde Plummer le aguardaba ansiosamente. Plummer corrió las cortinas y encendió la luz.

—¿Has conseguido algo? —preguntó.

—Sí —contestó—. Pero dame una copa, estoy necesitando un buen trago.

Plummer tomó una botella y llenó la copa, cuyo contenido vació de un golpe el recién llegado. Münchering sacó un pañuelo y se limpió el abundante sudor que inundaba su frente.

Nancy entró en aquellos momentos.

—¿Qué noticias traes, Fritz? —inquirió.

—Buenas y malas, según se mire, Nancy —respondió el interpelado, algo más calmado.

—Explícate y no te andes con rodeos. ¿Has conseguido los papeles?

—Sí, pero me sorprendieron cuando ya iba a escapar. Golpeé a la vieja y la tiré encima del profesor. Así pude largarme.

—¿Estaba Mallory en casa de los Kranz? —se sorprendió Nancy.

—Y Ulrica también. No sé lo que ha hecho ese maldito profesor, pero la baronesa está ahora de su parte.

Nancy hizo un gesto de contrariedad.

—Eso puede causarnos graves perjuicios —dijo.

—¿Hay alguna manera de evitarlo? —preguntó Plummer.

—Potai estuvo a punto de lograr algo, pero se despeñó. Me pregunto cómo diablos pudo caerse al despeñadero —murmuró Nancy, muy irritada.

—Quizá ellos tengan que ver con la muerte de Markus, pero, claro, no te lo dirán —supuso Plummer.

—Estamos croando como ranas —gruñó Münchering—. Y lo que se necesita son hechos y no graznidos.

—Sólo hay una solución —dijo Nancy.

Los dos hombres contemplaron fijamente a la mujer.

—Es preciso suprimir a Ulrica —añadió ella.

—¿Y el profesor?

—Se irá del castillo. Yo me encargaré de eso.

Plummer se puso nervioso.

—Puede no salir bien —murmuró.

—Entonces, se le suprime a él también —dijo Münchering tajantemente.

—Y luego habrá que quitar a Hans de en medio... y después tendremos que matar a la señora Worlin... ¿Hasta cuándo, Fritz? —preguntó Plummer, que se sentía cada vez más inquieto.

Münchering le dirigió una mirada de desprecio.

—Estás embarcado en el mismo bote —dijo—. Ahora ya no te puedes echar atrás y el asunto es demasiado importante para que tengamos en consideración una vida más o menos. ¿Lo entiendes?

Plummer pareció resignarse con aquellas palabras.

—Si no hay otro remedio...

—No, no lo hay —cortó Münchering secamente.

Nancy levantó una mano.

—Hagamos una cosa —dijo—. Primero nos ocuparemos de Ulrica. Yo me encargaré de que se marche el profesor. Si no lo consigo... bien, entonces haremos que se quede aquí para siempre.

—Hay algo que, a pesar de todo, sigue preocupándome —declaró Plummer—. ¿Qué hacemos con las chicas?

—¡Bah! —contestó Nancy despectivamente—. Ellas no saben nada ni nos estorban para nuestro trabajo. Y hablando de trabajo, creo que tenemos algo que hacer en el subterráneo, ¿no es así?

Plummer asintió. Münchering dijo:

—Yo me quedo aquí. Cuando volváis, me gustaría ver algunas muestras para daros mi opinión.

—De acuerdo; sigue aquí, pero no te muevas —accedió Nancy.

Seguida de Plummer, abandonó la estancia. Münchering se sirvió una copa y luego, sintiéndose fatigado, se sentó en un sillón.

Nancy y Plummer atravesaron el corredor y entraron en la sala que hacía las veces de estudio de danza. En uno de los costados había una enorme chimenea, con una colosal repisa de piedra labrada.

En el centro de la repisa se veía el escudo de los Homnitz. Plummer alzó las dos manos y asió las empuñaduras de las espadas que surmontaban el águila del cuartel diestro del escudo.

Se oyó un ligero gañido. Nancy torció el gesto.

—Te he dicho que es preciso engrasar las bisagras, Rod —dijo, enojada—. En el absoluto silencio de la noche, ese ruido se puede escuchar a gran distancia.

—Lo haré después, en cuanto terminemos el trabajo.

Instantes después, habían desaparecido de la sala. Carmen de Lorenzo abrió un poco más la puerta y contempló asombrada la desierta estancia.

—Diríase que son capaces de filtrarse a través de las paredes —murmuró.

Por alguna parte, se dijo, había un pasadizo secreto. Ella sólo había visto a Plummer agarrado con ambas manos al escudo de piedra, pero, temerosa de que su presencia fuese advertida, no había podido contemplar el resto de la maniobra.

El profesor, sin embargo, debía saberlo, pensó, mientras se dirigía a la habitación ocupada por Mallory.

CAPÍTULO XII

—Ha entrado un hombre en el castillo —informó Hans.

—¿Lo ha reconocido usted? —preguntó Mallory ávidamente.

—No, pero pude darme cuenta de que era parecido a usted en altura y corpulencia.

—¡Münchering! —exclamó Ulrica.

El profesor hizo un gesto de aquiescencia.

—No puede ser otro —convino—. Hans, ¿podría guiarme usted a la habitación en que entró Münchering?

—Con mucho gusto, señor.

—Yo iré con ustedes...

Mallory levantó una mano, interrumpiendo a la joven en el acto.

—Usted se quedará aquí, Ulrica —decretó.

—Es lo mejor, señorita —dijo Hans, mostrándose de acuerdo con el huésped.

Ulrica se resignó. Mallory y Hans salieron de la estancia y se dirigieron al ala este del castillo.

Reinaba una quietud total. Los dos hombres caminaban sin hacer el menor ruido. Al cabo de unos momentos, Hans se detuvo ante una puerta de roble tallado.

—Ésa es la habitación, profesor —indicó.

Mallory movió la cabeza. Luego, con infinito cuidado, hizo girar el picaporte y entreabrió la puerta ligeramente.

Había un hombre que parecía sumido en un profundo sueño, sentado en un sillón. Mallory lo reconoció en el acto.

Hans le tocó en un hombro. Mallory se volvió, con un dedo sobre los labios. El mayordomo asintió.

Mallory abrió la puerta un poco más. Münchering se había desabrochado la chaqueta, sin duda para sentirse más cómodo.

Mientras se acercaban a la estancia, Hans le había informado del detalle observado en Münchering. El ladrón se tocaba con gran frecuencia el lado izquierdo de la chaqueta.

¿Era allí donde tenía los documentos robados?

Mallory abrió un poco más. Luego, de puntillas, se acercó al

durmiente.

Hans contemplaba la escena expectante, dispuesto a intervenir si era necesario. Mallory dio la vuelta al sillón y se situó detrás de Münchering.

La mano del joven se deslizó lenta y cautelosamente hasta el bolsillo izquierdo de la chaqueta de Münchering. Sus dedos rozaron los papeles que había en aquel bolsillo.

Centímetro a centímetro, los papeles fueron saliendo, sin que la acción de Mallory interrumpiera el sueño del durmiente. Mallory lanzó una mirada de agradecimiento a la botella mediada que había sobre una mesita contigua. Los tragos que Münchering se había echado al colete constituían un eficaz medio para mantener a Münchering en su actual estado.

Instantes más tarde, salían de la habitación. Al cerrar la puerta, Mallory no pudo contener un suspiro de alivio.

—¡Lo hemos conseguido! —dijo, aunque sin alzar la voz.

—¿Cree que esos papeles son interesantes, profesor? —preguntó Hans.

—Estoy seguro de que nos darán la pista para llegar hasta el subterráneo secreto —respondió Mallory con acento de pleno convencimiento.

* * *

—Los esquemas que aparecen aquí no están muy claros —dijo Ulrica, al cabo de unos momentos de examinar los papeles.

—Es cuestión solamente de estudiarlos —aseguró Mallory—. Y tiempo no nos falta, créame.

—Si usted lo dice...

—Lo más importante de todo es que la existencia de ese subterráneo está demostrada. Ahora sólo falta hallar la entrada, no menos secreta, por supuesto.

—Pero no hallaremos oro. Sigo sin creer en la fabulosa fortuna que dice la leyenda.

—Ulrica, aquí lo que interesa es demostrar que se cometieron dos asesinatos. Tampoco a mí el oro me interesa en absoluto.

Ella sonrió, complacida de la respuesta.

—Bien, pero ¿cuándo cree que podremos intentar el asalto al

subterráneo?

—En todo caso, y aunque logre descifrar los esquemas esta misma noche, no lo haremos sino hasta mañana, y precisamente cuando Nancy y Plummer estén impartiendo su sedicente clase de elegancia y distinción a las chicas.

—Comprendo. Me asalta una duda, sin embargo.

—Usted dirá, Ulrica.

—Es obvio que Münchering sabía de la existencia de ese subterráneo. Ahora, bien, ¿cómo se enteró?

—Su padre y el de usted eran amigos, ¿no es cierto?

—Sí, claro —respondió ella—. Y, en alguna ocasión, mi padre enseñó al de Fritz la entrada al supuesto laboratorio de nuestro antepasado, el barón alquimista. Pero ¿cómo no me lo dijo a mí?

—Ulrica, ¿cuántos años tenía usted entonces?

—Uno, dos... —Ella se sonrojó de pronto—. Demasiado pequeña para comprender, pero quizá mi madre lo sabía también y no me dijo nada.

—Su madre murió cuando usted tenía ocho o nueve años. Si usted, ahora, tuviese una hija de esa edad, ¿le enseñaría el subterráneo?

Ella dudó. Mallory añadió:

—Seguramente, usted no querría inculcar en la mente fácilmente impresionable de una niña de pocos años, ideas de terror morboso, que podían influir en su futuro psíquico, ¿no es así?

Ulrica sonrió.

—Sí, es cierto, no lo haría hasta que tuviese los años suficientes para comprender las cosas, sin riesgo para su estabilidad emocional —contestó.

—Eso lo explica todo —dijo él—. Ulrica, la veré mañana por la mañana y, si he conseguido descifrar los esquemas que trazó Ilse, entonces acordaremos un plan de acción.

—De acuerdo, Larry.

La mano de Ulrica se tendió espontáneamente. Mallory la retuvo unos instantes con la suya.

—Buenas noches —se despidió.

—Buenas noches —murmuró ella con suave acento.

Mallory regresó a su habitación. Su asombro fue enorme al ver a Carmen sentada en un butacón.

—¡Por fin! —dijo la española—. Profesor, creí que no iba a llegar

nunca.

—¿Sucedo algo de particular, Carmen? —preguntó él, después de cerrar la puerta.

—Sucedo que creo haber encontrado la entrada al subterráneo secreto.

—¡Maravilloso! —exclamó Mallory—. Carmen, por favor, cuénteme lo sucedido.

La joven habló durante unos minutos. Al terminar, Mallory sonrió complacido.

—Su ayuda ha sido inapreciable, Carmen —elogió—. Ahora, por favor, vuelva a su cuarto y ciérrese con llave por dentro. No haga ni diga nada que pueda comprometerla, ¿entendido?

—Sí, profesor, pero me sentiré muy impaciente...

—Pronto, espero, podrá conocer usted la solución de este enigma —aseguró Mallory.

* * *

Münchering se despertó, carraspeó un par de veces y se notó la boca espesa. Hizo un par de muecas y acabó por servirse un buen trago. Luego consultó el reloj. Un gesto de disgusto apareció en sus facciones.

—Las tres de la madrugada y todavía no han vuelto —masculló.

Se puso en pie y estiró los brazos, haciendo varias flexiones a continuación. Estaba desvelado, pero, al mismo tiempo, sentía deseos de acostarse en alguna parte, cosa que no podía hacer hasta el regreso de la pareja.

—Tendré que entretenerme en algo —se dijo.

De pronto, se fijó en la chimenea que había en uno de los lados de la estancia.

—Tengo que hacer una cosa —murmuró, acordándose de los papeles sustraídos en casa de los padres de Ilse.

Llevó su mano al bolsillo y lo encontró vacío. Una enorme palidez blanqueó su cara de golpe.

—Pero, si no es posible...

No, no había perdido los papeles comprometedores. Estaba seguro de haberlos palpado una vez ya en el interior del castillo. Y las sospechas sobre Nancy y Plummer resultaban infundadas.

Los esquemas se referían a la entrada y situación del subterráneo secreto. Puesto que los otros dos conocían perfectamente estos datos, resultaba absurdo pensar en que ellos se lo habían quitado.

—Alguien ha entrado mientras yo dormía: —se dijo, empezando a sospechar la verdad.

Ulrica no había sido; una mujer no se habría atrevido a enfrentarse con él, por si se despertaba. A fin de cuentas, era fuerte y la habría vencido fácilmente en caso de lucha.

—El profesor, seguro. Me vio en casa de Ilse —dedujo.

Si había sido el profesor, había algo de lo que no podía dudarse: los esquemas estaban todavía en su poder.

Bien, los recuperaría, aunque para ello tuviera que emplear métodos expeditivos.

Sacó una pistola y revisó su funcionamiento. Después de volverla al bolsillo y colocarla en buena posición para sacarla rápidamente, se dirigió a la puerta.

Uno de los sitios donde Mallory podía hallarse era la biblioteca, pero la deducción resultó errónea.

—Se habrá echado a dormir, lo cual facilitará las cosas —se dijo, satisfecho.

Momentos más tarde, se hallaba ante la puerta del dormitorio de Mallory. Abrió una rendija, sin hacer el menor ruido, y miró a través.

Había luz en la estancia. Mallory se encontraba sentado ante una mesita, con los papeles que contenían los esquemas ante él.

Münchering ya no se lo pensó dos veces; terminó de abrir la puerta y apuntó con la pistola a Mallory, quien, hasta el momento, no había reparado en su presencia.

—No se mueva, profesor; siga como está o dispararé a matar.

* * *

Mallory, sin abandonar su postura, volvió ligeramente la cabeza. Reconoció a Münchering y sonrió.

—¿Está seguro de que le conviene cometer un asesinato más? —preguntó, sin perder su sangre fría.

Münchering entró y cerró con la mano izquierda, sin perder de vista un solo instante al británico.

—De lo que sí estoy seguro es que me conviene llevarme esos papeles que tiene usted sobre la mesa —contestó—. Haga el favor de levantarse y apartarse a un lado.

—Ilse trazó estos esquemas, supongo, a base de las confidencias que usted le hizo —dijo Mallory.

—Algo hay de verdad en todo eso —admitió el otro.

—Fueron novios, incluso se iban a casar. ¿Qué produjo la ruptura entre ambos?

—Ilse se sintió repentinamente insolidaria —contestó Münchering.

—Y se dijo: «Si hay oro, lo quiero todo para mí», ¿no es cierto?

—Más o menos, profesor.

—Pero, sin duda, ella no contó con las gentes que ya se habían aposentado en el castillo. ¿Es que no se lo dijo usted?

—Por supuesto, pero Ilse no me hizo el menor caso. Yo le dije que la estancia de la profesora

O'Toole

y sus alumnas duraría sólo unas semanas y que después el campo quedaría libre, pero Ilse padeció siempre del defecto de la impaciencia.

—¿Sabía usted que moriría al intentar hallar el oro?

Münchering se encogió de hombros.

—Simplemente, me limité a pedirle que tuviese paciencia. Cuando ella se negó a seguir conmigo en Munich, me desentendí de toda responsabilidad.

—Una postura muy cómoda, evidentemente —calificó Mallory—. ¿Puedo hacerle una consulta, Münchering?

—No garantizo la respuesta, pero ¡adelante!

—Parece ser que en estos esquemas se señala la presencia de una ventana secreta, que da al despeñadero. ¿Qué sabe usted al respecto?

—Lo mismo que sabía Ilse —contestó Münchering.

Hubo un momento de silencio.

—El disparo hará ruido —advirtió Mallory, pasados unos instantes.

—Antes le di una orden: levántese y separase de la mesa.

—¿Tiene miedo de manchar los papeles con mi sangre, si dispara contra mí en esta postura?

—¿Manchar...? Oh, qué diablos importa eso, si los voy a quemar inmediatamente. Lo único que quiero es cogerlos sin que usted me

ataque, ¿lo ha entendido?

Mallory hizo un signo de asentimiento, a la vez que se ponía en pie.

—Por mi parte, puede llevárselos —cedió finalmente—. A decir verdad, y sin que ello entrañe crítica alguna, la pobre Ilse no estaba dotada especialmente para la topografía interior.

CAPÍTULO XIII

—Quizá los esquemas no estén muy bien trazados, pero los hizo para sí —dijo Münchering, una vez ya con los papeles en el bolsillo—. Y usted es sobradamente listo para saber interpretarlos.

Mallory hizo una inclinación de cabeza.

—Muy gentil de su parte —agradeció—. Pero yo, en su lugar, no cantarí victoria tan pronto.

—Tengo los esquemas y una pistola...

—Y un amigo mío detrás de usted, Münchering.

El intruso se echó a reír.

—¿Cree que me voy a tragar esa fábula tan burda? —preguntó desdeñosamente.

—Las fábulas dejan de serlo cuando se convierten en realidad. Hans, por favor...

—Sí, profesor.

Münchering se volvió terriblemente sobresaltado al oír la voz del mayordomo a sus espaldas. Levantó la pistola, pero el puño de Hans le golpeó ferozmente en el pecho, lanzándole a unos pasos de distancia.

Un rugido de rabia se escapó de labios de Münchering. Perdió la pistola, pero el arma quedó a unos centímetros de sus dedos y la recobró inmediatamente.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer fuego, Mallory le golpeó en la muñeca con la puntera de su zapato. La mano se torció violentamente y la boca de la pistola quedó encarada al costado de Münchering, una décima de segundo antes de que, por un movimiento reflejo, su índice oprimiese el gatillo.

La detonación no hizo demasiado ruido. La pistola estaba pegada a la ropa y ello ahogó buena parte del estruendo del disparo. Münchering se contorsionó violentamente unos instantes y luego fue dejando de moverse, hasta quedarse quieto por completo.

Mallory juró entre dientes.

—Gracias por su intervención, Hans —dijo—. Ha sido muy oportuna.

—Usted y la señorita Ulrica me encargaron que vigilase —respondió el mayordomo.

—Sí, es muy de agradecer, pero... nos hemos metido en un buen lío.

—Peor está él —contestó Hans fríamente, señalando al muerto.

—Eso sí es verdad —reconoció Mallory—. Pero ahora nos enfrentamos con un serio problema: ¿Qué hacemos con el cadáver?

* * *

Carmen de Lorenzo se sentía inquieta y desasosegada. Por más que lo intentaba, no podía dormir.

Una de las cosas que le preocupaban sobremanera era el medio empleado por Nancy y Plummer para desaparecer a través de la chimenea.

¿Cómo lo habían conseguido?, se preguntaba una y otra vez.

Carmen recordaba muy bien haber visto a Plummer colgarse de las empuñaduras de las espadas, pero eso era todo. No había ya duda alguna de que la chimenea que había en la sala, accidentalmente convertida en estudio de danza, era la entrada al subterráneo secreto.

De pronto, se sentó en la cama y apartó las ropas a un lado. Tenía que ir al subterráneo y ver lo que había a muchos metros de profundidad.

Naturalmente, se dijo, antes de iniciar el viaje al sótano, debía cerciorarse de que podía hacerlo sin peligro. Se vistió rápidamente, con una blusa de color rojo vivo, pantalones negros y sandalias y, una vez estuvo arreglada, se asomó por la puerta de su dormitorio.

El corredor estaba vacío. Carmen salió pisando de puntillas y se acercó a la habitación de Plummer.

Estaba vacía. Posiblemente, Plummer se encontraba en el dormitorio de Nancy, a menos que aún continuasen los dos en el subterráneo.

El dormitorio de Nancy estaba igualmente vacío. La cama, ordenada, le indicó que la profesora no se había acostado todavía.

Carmen decidió retirarse. De pronto, se le ocurrió una idea.

«Quizá encuentre aquí una pista para llegar al subterráneo sin muchas dificultades», se dijo.

Había un escritorio, cuyos cajones registró sin el menor éxito. Luego husmeó en la mesilla de noche, con el mismo resultado negativo. Otro de los muebles de la estancia era una gran consola. Empezó a registrar los cajones y, de pronto, cuidadosamente metido dentro de una caja, encontró un objeto que llamó su atención de modo extraordinario.

Carmen contempló aquella máscara con ojos de asombro.

—Claro —murmuró—, ella es también muy esbelta... y la suplantación no le habrá resultado muy difícil. A fin de cuentas, si la profesión de modelo exige esbeltez en primer término, la que enseña tiene que dar ejemplo.

Había un gran espejo de cuerpo entero en uno de los ángulos de la estancia. Carmen se probó la máscara.

—¡Fantástico! —dijo unos segundos después.

Y, de pronto, le entraron ganas de divertirse un poco. Alguien se iba a sorprender mucho, pensó, mientras apagaba la luz y volvía al corredor.

* * *

—Es extraño —dijo Plummer—. Fritz no está en su cuarto.

Nancy se mordió los labios.

—Sólo espero que no haya hecho algo comprometedor —contestó—. Quizá se ha ido a dormir a tu cama.

—Lo echaré de allí...

Nancy levantó una mano.

—Rod, primero tenemos que hacer algo muy importante —dijo.

—La baronesa.

—Sí, justamente. Vamos.

Nancy y su cómplice abandonaron la estancia. Plummer entró en su cuarto unos segundos y salió con un frasco pulverizador en las manos.

De pronto, cuando ya iban a llegar al corredor que enlazaba aquella parte del castillo con el ala sur, vieron la esbelta silueta de una mujer que caminaba sin haberse dado cuenta de su presencia.

—Mírala, ahí está —susurró Nancy.

—Déjala de mi cuenta —pidió Plummer.

El hombre corrió de puntillas, sin hacer el menor ruido, y se acercó

a la muchacha que caminaba delante de él. Llegó a su lado y la tocó en el hombro izquierdo.

Ella se volvió. Un chorro de gas pulverizado cayó al instante sobre su cara.

La joven intentó huir, pero las fuerzas le fallaron a los pocos pasos y cayó de rodillas. Plummer se acercó a ella y, con toda tranquilidad, envolvió su cabeza en una nube de gas, separándose luego a unos pasos de distancia.

—¿Qué haría a estas horas fuera de su dormitorio? —preguntó Nancy, intrigada.

—Oh, la respuesta es fácil —contestó Plummer—. Venía del dormitorio de Mallory.

—Vaya, y tan circunspecta y morigerada que parecía —comentó ella con soma—. Bien, Rod, tenemos que sacarla de aquí.

—Abajo estará bien, por supuesto.

Entre los dos, cargaron con la joven inconsciente. Mientras descendían, Nancy dijo:

—No tenemos metal suficiente preparado, Rod.

—Encenderé el homo eléctrico inmediatamente. De todas formas, no tenemos gran prisa; antes de que despierte, pasarán tres o cuatro horas.

* * *

—¿Le gustaría ver el subterráneo secreto? —preguntó Mallory.

Ulrica contempló al joven con ojos llenos de asombro.

La joven estaba vestida solamente con una bata, colocada sobre su ropa de dormir. Mallory la había despertado a poco de amanecer.

—Supongo que no bromeará —dijo Ulrica.

—Nada más lejos de mi ánimo —contestó él—. Ahora conozco la entrada del laboratorio secreto del séptimo barón Von Homnitz.

Ulrica se echó repentinamente a un lado.

—Entre —dijo—. Voy a cambiarme de ropa.

Mallory cerró la puerta una vez en el interior de la estancia. Ulrica tomó sus ropas, que estaban sobre una silla, y se situó a continuación tras un biombo ricamente decorado.

—Hable, Larry —pidió al cabo de unos instantes.

—Es bien sencillo: conseguí recuperar los papeles que Münchering

robó en casa de Ilse.

—¡Estupendo! ¿Cómo lo hizo?

—Hans es un fiel servidor. Vio a Münchering entrar subrepticamente por una ventana y vino luego a buscarme. Por supuesto, Hans había localizado la estancia y me guió hasta ella. Münchering nos ayudó mucho a entregarnos los esquemas.

—¿Se mostró cooperador?

Mallory sonrió.

—Estaba dormido como un tronco, cansado, tal vez, pero también un poco bebido. Ni se enteró de que le quitaba los papeles de Ilse —explicó.

—Y esos esquemas le ayudaron luego a localizar la entrada...

—A decir verdad, no son demasiado claros ni explícitos. Tal vez Ilse los dibujó con cierta clave. Mi éxito, por supuesto, consiste en un buen servicio de información.

Ulrica abandonó el biombo y empezó a peinarse delante de un espejo.

—¿Por qué no sigue? —dijo, impaciente.

—Carmen de Lorenzo, una de las chicas de la academia, vio a Nancy y a Plummer en la sala que es ahora estudio de danza. La chimenea es la puerta que conduce al subterráneo.

—Nunca lo hubiera supuesto —contestó ella—. ¿Lo ha comprobado usted?

—No hablaría con tanta seguridad, si no fuese así, Ulrica.

Ella terminó de peinarse y se ató el pelo con una cinta.

—Vamos —dijo—; estoy impaciente por conocer el laboratorio subterráneo de mi antepasado.

—Se llevará una gran sorpresa, Ulrica. Antes de que salga de aquí, debo hacerle una confesión. Münchering está muerto.

Ulrica palideció.

—¿Lo ha matado usted? —preguntó.

—Sí, y no —respondió Mallory—. De lo que no hay duda es que Münchering tenía una pistola en la mano y estaba dispuesto a usarla. Pero Hans estaba presente y usted podrá interrogarle en otro momento. Así conocerá la verdad del hecho. Particularmente, me siento inocente por completo.

—Le creo —dijo Ulrica—. Pero no perdamos más tiempo, se lo ruego.

Salieron del dormitorio y se dirigieron con paso rápido a la estancia desde la cual podrían llegar al subterráneo. De pronto, se abrió la puerta de un dormitorio, pero ellos no lo vieron, porque quedaba a sus espaldas.

Nancy se disponía a salir en aquellos instantes y retrocedió vivamente al reconocer a la pareja. Un tremendo desconcierto se apoderó de su ánimo.

—Pero ¿cómo ha podido ocurrir...? —se preguntó, llena de aturdimiento.

De pronto, dio media vuelta y corrió hacia la consola. Registró uno de los cajones con nerviosos movimientos y no tardó mucho en encontrar algo a faltar.

—¡Qué estúpidos, pero qué estúpidos hemos sido! —se apostrofó.

Tras unos segundos de indecisión, echó a correr. Momentos después, zarandeaba a Plummer quien, todavía vestido, dormía echado en su cama.

—Despierta, Rod, vamos...

Plummer abrió los ojos torpemente.

—¿Estará ya fundido el metal? —preguntó.

—Eso no importa ahora demasiado —contestó Nancy con vehemencia—. Hemos cometido un gravísimo error.

—¿Cómo dices? ¿A qué error te refieres? Nancy, ¿por qué diablos no hablas claro de una vez?

—Rod, la chica que tenemos en el subterráneo no es la baronesa.

CAPÍTULO XIV

Ulrica contemplaba la operación con ojos fascinados. Mallory elevó las manos, agarró las empuñaduras de piedra de las dos espadas y tiró con fuerza hacia abajo.

Se oyó un chasquido. Delante de ellos, la pared que era el fondo de la chimenea, giró a un lado, dejando ver un hueco, iluminado por algunas lámparas de escasa potencia.

Al otro lado había un pequeño rellano, a continuación del cual arrancaba una escalera de caracol, que se hundía en las profundidades del castillo.

—¿Vamos, Ulrica? —invitó Mallory.

—Sí —contestó ella resueltamente.

Iniciaron el descenso. La escalera era más larga de lo que parecía. Ulrica calculó que su altura total correspondía a unos cinco pisos de un edificio corriente, lo que la llevaría a terminar en lo más hondo del castillo.

Minutos más tarde, se encontraban en una enorme sala, de techo abovedado. Ulrica contempló atónita el asombroso espectáculo que había a su alrededor.

De repente, Mallory lanzó un agudo grito:

—¡Mire, Ulrica!

Sobre una mesa, a la cual estaba sujeta por unas correas, yacía una mujer, inconsciente o dormida. Mallory y Ulrica se acercaron a la joven.

—Increíble —dijo ella—. Es mi doble...

—Usted no sufrió aquella noche una indisposición natural, sino que, tras narcotizarla, alguien tomó su puesto, con fines nada honestos —calculó Mallory.

—¿Esta mujer, Larry?

—Es posible.

—Su caracterización es prodigiosa.

—No hay tal caracterización. Es una máscara, Ulrica.

Mallory se acercó a la yacente y, con cuidado, quitó la máscara. Debajo, apareció el rostro de Carmen de Lorenzo.

—Esa chica... era su cómplice —acusó Ulrica.

Mallory percibió un extraño olor y aspiró el aire con fuerza.

—Está narcotizada —declaró—. Todavía tardará un rato en despertar y, personalmente, no creo que Carmen haya sido cómplice de esos asesinos. Algo extraño ha sucedido aquí, pero ella nos lo explicará cuando despierte.

—Así lo espero —contestó Ulrica—. De modo que éste es el laboratorio secreto de mi antepasado —añadió, a la vez que recorría con la mirada la vastedad del subterráneo.

—Sí, pero, en todo caso, de sus aparatos de alquimia ya no queda nada. En cambio, hay otros alquimistas modernos, Ulrica.

La joven se fijó en el gran crisol de metal, que humeaba ligeramente sobre el horno eléctrico. En uno de los rincones de la estancia, divisó un extraño artefacto, que llamó poderosamente su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un generador de motor —explicó Mallory—. Lo he examinado antes y he podido ver que tiene instalado un silenciador de nuevo tipo, con lo que ahoga por completo el ruido de las explosiones cuando está en funcionamiento. Pero lo que no puede evitar en modo alguno es el escape de gases. Fíjese en el tubo que va a perderse en esa chimenea.

—Sí, lo veo, Larry.

—Esa chimenea fue instalada por su antepasado, tal vez para calentarse, mientras trabajaba aquí, o quizá, también, para tener fuego con él que activar las combinaciones químicas de sus retortas y matraces. Naturalmente, por esa chimenea salen los gases de la combustión del *fuel* en el motor del generador.

—El humo que vimos desde el río —exclamó ella.

—Justamente.

—Pero aquí hay más cosas... Aquello parece una prensa...

Mallory sonrió.

—Es una prensa, con sus correspondientes troqueles —dijo—. A la derecha hay algo que parecen unos ladrillos, sí, esa pequeña pila cubierta con un trapo. Levántelo, Ulrica, por favor.

Ella accedió. Un grito de sorpresa brotó de sus labios:

—¡Lingotes de oro!

—En efecto, lingotes de oro.

—No..., no irá a decirme que han encontrado alguna fórmula

mágica, inventada por mi antepasado...

Mallory se echó a reír.

—Ese oro tiene un objeto muy distinto —contestó—. Se lo explicaré enseguida, Ulrica. Ahora, venga, que le enseñaré otra cosa.

—Espere un momento —pidió la joven—. ¿Adónde da ese plano inclinado de aquel rincón?

Mallory volvió la cabeza. El plano inclinado estaba situado perpendicularmente a uno de los muros y su pendiente era muy pronunciada. Del techo, casi en el punto donde se acababa el plano inclinado, a unos cuatro o cinco metros de altura, pendía una gran cadena, de eslabones oxidados por el paso del tiempo.

—No tengo la menor idea —contestó.

—Larry, ¿no ha}' una ventana secreta que da al despeñadero?

—Sí, está en aquel muro y queda muy bien disimulada. Creo que Ilse la buscaba, pero desde afuera, caminando por la comisa que hay en la parte exterior del muro. Alguien abrió la ventana, la vio... y la empujó al vacío.

Ulrica se estremeció.

—Pobre muchacha —murmuró—. Pero aún no hemos encontrado los cadáveres de las otras dos chicas, Larry.

Mallory le señaló un punto del subterráneo, cubierto con una larga cortina negra. Mallory la descorrió parcialmente.

Ulrica lanzó un agudo grito de horror.

—¡Son ellas...!

—Sí —confirmó el joven—. Gina Forli y Sheila Riess, asesinadas y cubiertas luego con una capa de oro, que hace los efectos de una mortaja. Un sádico capricho de alguno de los miembros de esta banda de asesinos.

—Quizá esas estatuas tengan alguna utilidad —sonó de pronto la voz de Nancy—. Cubrir dos cuerpos humanos con oro no es un capricho, contra lo que usted pueda suponer, profesor Mallory.

* * *

Ulrica y su acompañante se volvieron en el acto. Nancy y Plummer estaban frente a ellos. El hombre tenía una pistola en la mano.

—Ustedes también harán compañía a esas dos mujeres —anunció Nancy—. Y a Carmen de Lorenzo, por supuesto.

—¿Nos venderán luego a algún coleccionista caprichoso? —preguntó Mallory.

—De momento, estamos experimentando. Es muy probable que tengamos que engrosar la capa de oro que cubre esos cuerpos. A fin de cuentas, son organismos en proceso de putrefacción.

Ulrica se horrorizó al escuchar aquellas palabras. Mallory se mantuvo impassible.

—Acaso no les marcha demasiado bien el negocio de falsificación de monedas antiguas —opinó Mallory—. Hay gente que compra muchas de esas monedas, unos como inversión y otros por afán de coleccionista. Pero las monedas antiguas no abundan como sería de desear y, como el negocio es bueno, mejor todavía que el de contrabando de simples lingotes de oro, se dedicaron a éste de la falsificación. Homnitz podía ser un buen escondite para esa fábrica de monedas falsas y la academia de modelos y maniqués un magnífico pretexto para su instalación aquí. Supongo que no me equivoco.

—Acierta, profesor —dijo Nancy, con los labios contraídos.

—Pero quizá las falsificaciones no son tan perfectas como sería de desear. Los troqueles no están bien hechos...

—Ése es un asunto que no le interesa a usted en absoluto —dijo Plummer, con su voz más chillona y antipática que nunca.

—Lo que no entiendo es cómo metieron en el castillo tanto material —intervino Ulrica de pronto.

—La furgoneta que traía la «comida dietética» de Munich —explicó Mallory—. Sí, traía algunas cajas de comida y también el oro en lingotes y se llevaba las monedas aquí acuñadas. Lo demás vino en piezas, en viajes sucesivos, muchos de ellos por la noche; y esas piezas no entraban directamente por la puerta principal, sino por la ventana del cuarto de Nancy.

—Es usted endiabladamente listo, profesor —dijo la aludida—. Comprenderá que, después de todo lo que sabe, no podemos dejarle marchar con vida.

—Antes me explicarán, por favor, por qué en la carroza fúnebre había un esqueleto en el sitio del conductor —rogó Mallory.

—Fue un toque de humorismo. Sheila se mostraba demasiado entrometida. Decidimos darle un buen susto.

—Antes de matarla, claro. Pero ella y yo vimos en la garganta de

Gina las supuestas señales de la mordedura de un vampiro.

—Incisiones para dejar el cuerpo sin sangre. Era conveniente, puesto que teníamos que cubrirlo con una capa de oro.

—¿Pintándolo a pistola?

—Por supuesto.

—De modo que era ella quien tomaba mi puesto, con esa máscara que reproduce tan fielmente mis facciones —dijo Ulrica.

—Sí, puesto que si se realizaba alguna acción extraña, las culpas debían recaer sobre usted —confirmó Mallory.

—Nada más cierto —admitió Nancy fríamente—. Y de una cosa pueden estar seguros: antes de mañana, habrá aquí tres estatuas más.

—Cuatro, querrá decir, señora

O'Toole,

y permítame que rectifique su cuenta.

Al mismo tiempo que hablaba, Mallory terminó de recorrer la cortina.

Plummer lanzó un agudo grito:

—¡Fritz!

—El mismo —dijo Mallory, sin dejar de sonreír.

Münchering estaba en pie, sujeto a la pared por un gancho que resultaba oculto por su cuerpo. Los ojos del muerto miraban inexpresivamente a sus cómplices.

Nancy y Plummer se desconcertaron un momento. Mallory no fue tardo en aprovechar la ocasión y pegó a Nancy un tremendo empujón, lanzándola contra su cómplice.

El dedo índice de Plummer se contrajo instintivamente. Se oyó una detonación, seguida de un grito de angustia.

Nancy se llevó ambas manos al pecho y se tambaleó fuertemente. Plummer, aterrado, no sabía qué hacer.

Mallory continuó su ataque. Desvió la mano armada de Plummer y le golpeó con fuerza.

Plummer retrocedió, vacilando visiblemente. A punto de caer, buscó maquinalmente un asidero. Junto a él había una cadena que pendía del techo.

Las manos de Plummer asieron la cadena. Se oyó un fuerte crujido.

Parte del plano inclinado se abrió. Un enorme estruendo sonó cuando algo empezó a caer en incontenible alud, desde una

habitación hasta entonces oculta a los ojos de los presentes.

Mallory contempló atónito aquel alud de piedras de color amarillo, algunas de un tamaño verdaderamente asombroso. Había centenares, tal vez millares, y parecían brotar de un gigantesco cuerno de la Abundancia. Una de ellas, de más de medio metro de grosor, cayó de súbito con tremenda violencia sobre el cráneo de Plummer.

Se oyó un terrible chasquido. Plummer cayó. Instantes después, quedaba sepultado por un ingente montón de áureos pedruscos.

Ulrica contemplaba fascinada aquellas piedras, que representaban una fortuna de magnitud incalculable. Mallory, sin embargo, se sentía un poco más escéptico.

Agarró una piedra, no demasiado grande, y, tras buscar un martillo, la golpeó con fuerza varias veces.

La piedra se partió. Mallory se echó a reír.

* * *

—De modo que el séptimo barón era un bromista.

—Sí, Adela. He encontrado un viejo documento que menciona ese escondite. Simplemente, bañó en oro una enorme cantidad de piedras. Parece ser que tenía conflictos con sus acreedores... Deber dinero a la gente es cosa que viene ya de antiguo y, para calmarles, les enseñaba el oro que obtenía, según él, con sus experimentos de alquimia. De todas formas, cuando se limpien las piedras del oro que las cubre, aún se conseguirá obtener varios kilos de ese metal tan codiciado.

—Ahora ya lo comprendo —dijo la bella posadera—. De modo que no había un vampiro guardián del oro.

—Fantasías, Adela, puras fantasías. Claro que Nancy y su banda se aprovechaban de la leyenda de Homnitz, pero no hay vampiro ni cosa que se le parezca.

—Oye, todavía hay algo que no me has aclarado. Enterraron al barón en una simple sepultura, cuando hay un mausoleo con su nombre...

—El padre de Ulrica no fue el único Von Homnitz que se llamaba Rudolf —explicó Mallory—. Ese mausoleo pertenece al decimocuarto barón.

—Ya entiendo —suspiró Adela—. Gracias por habérmelo contado todo, Larry.

—Te lo debía. Tú me diste, en ocasiones, valiosos detalles que me ayudaron luego mucho. Me pareció que debías ser la primera de Kevroduz en conocer toda la verdad.

—La policía sigue todavía en el castillo, ¿no?

—En efecto; están realizando las últimas diligencias, pero se irán pronto.

—Un asunto que ha causado bastante ruido, pero que, también, ha acabado con un saneado negocio.

—No eran buenos falsificadores; hubieran podido ganar más, pero eso ya no es cuenta nuestra, Adela.

—De todas formas, me alegro por Ulrica. Es una buena muchacha. Los ojos de Mallory estaban fijos en la ventana. A través de los vidrios se veía la esbelta silueta de Ulrica, que avanzaba hacia la posada.

—No será un vampiro y, por tanto, no te ha sorbido la sangre, pero, en cambio, te ha sorbido el seso —dijo Adela melancólicamente.

Mallory sonrió. Salió de la posada y se dirigió al encuentro de Ulrica.

En los ojos de la muchacha había una luz especial. Cuando estuvo a la altura de Mallory, dijo:

—He tenido carta de Carmen de Lorenzo. Ha encontrado una excelente colocación...

—Me alegro por ella, pero ¿qué te parece si ahora hablamos de nosotros mismos? —solicitó el joven.

Las manos de Ulrica y Mallory se unieron.

—Hace un día excelente para pasear junto al Schünersee —propuso ella—. Y el paisaje es maravilloso, Larry.

—Totalmente de acuerdo —contestó él, mientras echaba a andar junto a Ulrica.

FIN



Luis García Lecha. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.